

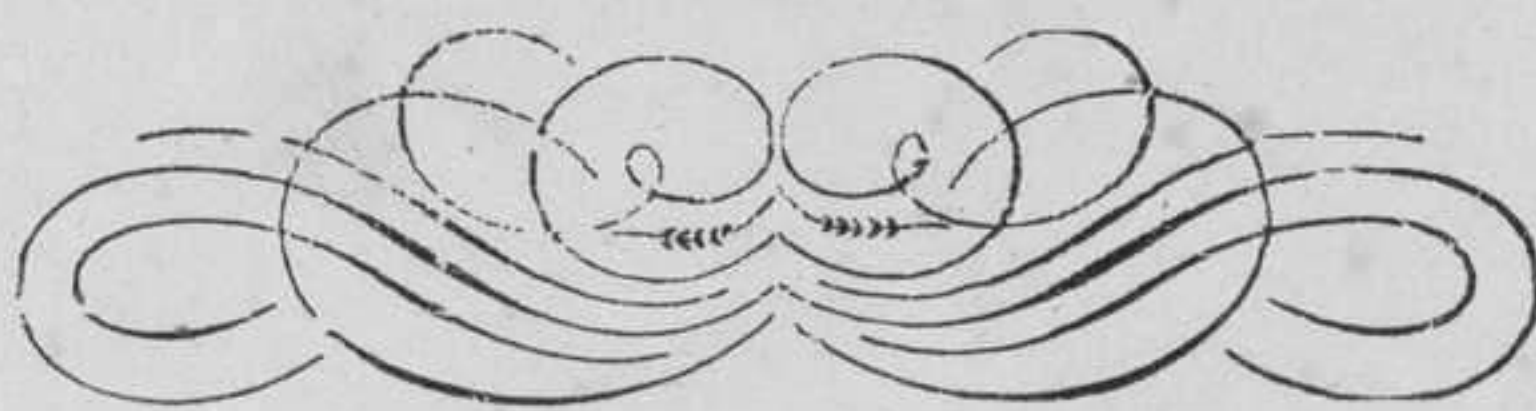
EL

# CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

---

TOMO DUODÉCIMO.



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MELAN, EDITORES PROPIETARIOS

PASSAGE SAULNIER, N° 4.

1858



CORREO DE UTRERAMAR

PARTI NITERIA HESTYRA

COMO DUDECIMA



94118

ADMINISTRACION CENTRAL

REPUBLICA DE CHILE - MINISTERIO DE EDUCACION Y CULTURA

1988



# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — TOMO XII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, passage Saulnier núm. 4, en Paris.

AÑO 17. — N° 287.

## SUMARIO.

Los Turcos y los Montenegri-  
nos; grabado. — Estudios de  
costumbres. — Necrología. —  
Revista de Paris; grabados. —  
Retratos de Mahomed Hos-  
sein y de M. Venables; gra-  
bados. — Regatas de la Reole;  
grabado. — Por no ser trece. —  
Ferro-carriles de España;  
grabados. — El gran mundo. —  
Violinistas mas célebres de  
Europa. — Los presidiarios en  
Francia; grabados. — Estudios  
críticos. — Revista de la  
moda. — Inauguracion del  
hospital militar de Vincen-  
nes; grabados.

## Los turcos y los mon- tenegrinos.

Preocupa altamente la aten-  
cion de la Europa en este mo-  
mento el conflicto que ha ve-  
nido á estallar entre los turcos  
y los montenegrinos. Para  
consignar los hechos consu-  
mados trasladamos aquí á con-  
tinuacion las partes dirigidas  
al príncipe Danielo por el woi-  
vode Mirko; el primero de es-  
tos documentos dice así:

« El martes 29 de abril (11  
de mayo) á las siete de la ma-  
ñana y por un tiempo oscuro,  
la infantería del ejército oto-  
mano atacó á las columnas del  
flanco izquierdo. Al principio  
nuestras columnas se replegaron  
lentamente, y luego rom-  
pieron un vivo fuego de fusile-  
ría contra los turcos hasta el  
momento en que cogiendo sus  
handjars (sables puñales) se  
lanzaron sobre los turcos. Los  
turcos huyeron y los perseguí-  
mos hasta sus trincheras. De-  
jaron en el campo de batalla  
208 muertos, sin contar los he-  
ridos.

» Viendo esto el ala derecha  
que yo tenia el honor de man-  
dar, avanzó igualmente con el  
handjar en mano, lo que hizo  
tambien el centro mandado  
por el senador Djuro-Kusovac.  
Esta columna formada con los  
guardias de V. A., atacó á la  
caballería; en breve la accion  
se hizo general, y el humo de  
se hizo general, y el humo de  
la artillería turca y de la fu-  
silería envolvió el campo de  
batalla como en una capa de  
niebla.

» En fin, por la tarde los tur-  
cos estaban derrotados en toda  
la línea, y buscaron un refu-  
gio detrás de sus trincheras.



EL PRINCIPE DANIELO.

» El miércoles 30 de abril  
(12 de mayo) pasé en nuestro  
campo una revista militar don-  
de encontré una pérdida de 55  
muertos y 110 heridos, entre  
los cuales se cuentan un kape-  
tan (jefe de distrito) y el va-  
liente comandante de la guar-  
dia de V. A., el senador Djuro-  
Kusovac, cuya vida está en  
peligro. Los turcos habian de-  
jado 320 cabezas cortadas en el  
campo de batalla. Actualmen-  
te, Alteza, he dispuesto nues-  
tras columnas para poder en-  
cerrar al enemigo por cuatro  
lados.

» Tambien hemos cortado al  
enemigo toda comunicacion  
con su cuartel general, de mo-  
do que no puede sacar medios  
de defensa de su campo forti-  
ficado.

» Recibid, Alteza, la seguri-  
dad y el juramento que hace-  
mos de que todos los montene-  
grinos morirán antes que aban-  
donar la persecucion del ene-  
migo.»

El segundo parte del jefe de  
los montenegrinos al príncipe  
Danielo contiene los párrafos  
siguientes:

« El día de la Ascension 13  
de mayo, antes de salir el sol  
dispuse mis tropas para un  
asalto general de las trinche-  
ras turcas.

» En cuanto se formaron las  
columnas de ataque, mandé  
romper el fuego en el valle  
donde estaba en masa la guar-  
dia de V. A. para cortar la re-  
tirada á los turcos.

» La vanguardia del ala iz-  
quierda fué en derechura so-  
bre las fortificaciones enemigas  
y las tomó, en tanto que las  
tropas del ala derecha perse-  
guian de cerca á los fugitivos.  
Nuestros golpes fueron terri-  
bles para el enemigo.

» De los 13,000 hombres de  
que se componia el ejército  
turco, apenas unos 300 pudie-  
ron escaparse para contar co-  
mo los montenegrinos saben  
batirse por su país. Vuestros  
soldados han cortado 7,000 ca-  
bezas turcas, y han tomado  
ocho piezas de artillería, 1,200  
caballos equipados y 500 tien-  
das; no ha sido posible fijar  
aun el número de armas cogi-  
das, ni todo el rico botin que  
hemos conquistado.

» El campo de batalla tiene  
el aspecto de un bosque cor-



tado, y los cadáveres de los turcos horrorizan. Por parte de los turcos han muerto dos bajás; la cabeza del uno fué cortada por el heróico capitán Ilija Djukanoy de Cuca, y el otro cayó á los golpes del abandonado de la guardia de V. A. En el combate cuerpo á cuerpo no se distinguían los *gravares* (oficiales) de los simples soldados; todos se condujeron como verdaderos héroes.»

Otros despachos posteriores *confirmaron* la derrota de los turcos en Grahovo; y por último el *Monitor* del Imperio francés ha publicado las *líneas* siguientes:

« Los deplorables conflictos que siguieron á la entrada de las tropas turcas en el territorio de Grahovo provocaron por parte del gobierno del emperador y de las potencias que se apresuraron á obrar en el mismo sentido, nuevos pasos cerca de la Puerta Otomana.

El gobierno de S. M. el sultán, cediendo á esos pasos, transmitió el 14 de este mes á su comisario y al comandante de sus fuerzas la orden de suspender las hostilidades. Se puede esperar pues que, gracias á las disposiciones manifestadas por el gobierno otomano, este asunto no tardará en recibir una solución amistosa. »

## ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

### UNA BODA ENTRE GITANOS.

En todas las naciones del viejo continente existe una raza, que desde tiempo inmemorial conserva sus usos y costumbres, su lenguaje, y quizás sus ocultas aspiraciones; raza acaso la mas pura que se conoce en el mundo, porque sus individuos se mezclan rarísima vez con las razas indígenas de los países donde viven mas ó menos diseminados, pero conservando siempre entre sí un vínculo comun que ningun pueblo ha podido sostener, ya haya sido invasor ó ya invadido por otro pueblo extraño.

Conocidos con diferentes nombres en los diversos estados de Europa, Asia y Africa; dándoles unos por origen los parias de la India, creyéndoles otros oriundos de una emigración mas ó menos remota de las orillas del Nilo, nadie ha podido explicar hasta el presente la misteriosa causa que les obliga, acaso á su pesar, á vivir como extranjeros entre las naciones que los han albergado.

Raza nómada en sus principios; conservando quizás en sus tradiciones algo de lo que fueron, se ve por todas partes el amor que profesan á la vida aventurera y vagabunda, sin Dios, sin patria y sin ley.

El suelo español, agitado por continuas guerras y dividido en pequeñas monarquías de diferente carácter y heterogéneas costumbres, desde la invasión árabe hasta la definitiva y gloriosa restauración del imperio godo, cruzado por ásperas montañas y sembrado de extensos y tupidos bosques, era sin duda el suelo mas á propósito para la vida errante de la raza gitana; y esta fué seguramente la época en que sus individuos pasaron á establecerse en la península; pues antes de ser invadida por las huestes mahometanas, no se hace mención en ella de tales gentes.

Con la expulsión de los moriscos en el reinado de Felipe III, una gran parte de los gitanos fué arrojada del país; pero hubo muchos que mas ó menos aparentemente se convirtieron á la religion cristiana, y aunque rechazados instintivamente por los españoles, continuaron viviendo entre ellos, conservándose sin embargo á bastante distancia para que nunca se les pudiese confundir con los que no eran de su mismo origen.

Afectados quizás de esa especie de desvío que la raza indígena les mostraba; guiados tal vez por sus instintos de feroz independencia, ó por ambas causas á un mismo tiempo, buscaron por morada las selvas y los montes, é hicieron una profesion del pillaje, lo cual cada día les hacia perder mas y mas el poco afecto que sus huéspedes les profesaban.

Avanzando el tiempo, y á medida que las costumbres del pueblo español iban perdiendo el carácter de ferocidad que le habian dado las continuas guerras, los gitanos empezaron á sufrir una persecución mas viva, y la necesidad les obligó bien pronto á buscar otro modo de vivir menos arriesgado, sin dejar por eso de ejercitarse en sus rapiñas, siempre que podían hacerlo impunemente.

La mayor parte de los aduares ó tiendas en que vivían como tribus semi-salvajes, fueron quemadas por la Santa Hermandad; y al verse por todas partes perseguidos, bajaron por fin á establecerse en poblado, pero buscando siempre los barrios mas excéntricos y las calles mas solitarias, á fin de tener el menor comercio posible con los españoles.

La continua vigilancia que sobre ellos se ejercía les obligó á dedicarse á algun género de trabajo. Unos se decidieron entonces por el oficio de Vulcano; otros, mas amigos de Mercurio, se consagraron á la buhonería, y muchos á esquilan ganados y á hacer de corredores en las ferias, donde vendían frecuentemente lo que habian robado algunos de sus compañeros en provincias lejanas.

Las mujeres comenzaron tambien entonces á ejercitarse en el comercio al pormenor de telas ordinarias, vestidos viejos y otros artículos á este tenor, en cuyo ejercicio, alternando casi siempre con el de agoreras ó anunciadoras de la *buena ventura*, engañaban á los incautos, ganando á poco trabajo la vida.

Pero muchos de ellos, ó por mas energía de carácter, ó por mas ferocidad de instinto, se negaron absoluta-

mente á vivir en poblado, y continuaron en los bosques fabricando cestos de mimbrés que las mujeres van á vender á los pueblos comarcanos, mientras los hombres permanecen á cierta distancia cuidando del menaje ambulante y muchas veces de la comida.

Estos gitanos, á quienes dan el nombre de *viandantes* por sus hábitos y costumbres, profesan generalmente hácia aquellos de su raza que han transigido con la civilización, una especie de lastimoso desprecio; mientras los que viven en poblado consideran á esta clase de beduinos con algo de temor y de respeto supersticioso.

Hasta el tiempo de Carlos III ningun individuo de esta raza fué considerado como español, ni gozó de la mas mínima prerrogativa de tal, aunque nacidos en el mismo suelo; hasta la ley los habia despreciado, y el único código que para ellos regia era el de las penas, aplicadas siempre con mas severidad que al resto de la población, en igualdad de circunstancias. Pero el digno rey que tuvo la gloria de rodearse de los hombres mas eminentes de su siglo, llamándolos á su consejo, se propuso extinguir la raza gitana, no por el hierro y el fuego como con la raza morisca habian hecho sus predecesores, sino por la asimilación, para lo cual les concedió los mismos derechos que á los demás españoles, y mandó que en adelante se les llamase *castellanos nuevos*. Trabajo inútil; la fusión de las razas es obra de las costumbres y del tiempo. En cuanto á la raza que nos ocupa, hay quizás algo de misteriosa predestinación que lo impide; la experiencia lo enseña.

Mis lectores me perdonarán esta larga digresión, que me ha parecido necesaria, como base de sus costumbres, antes de tratar directamente del asunto que da origen y sirve de epígrafe á este artículo; y como complemento me permitirán tambien añadir algunas palabras, para determinar los caracteres típicos del gitano.

En España son por lo regular de color moreno, cabello y ojos negros, mirada fija y escrutadora, agradables facciones y esbelto talle.

Dotados naturalmente uno y otro sexo de una perspicacia poco comun, y acostumbrados por educación á valerse de ella para vivir á costa del prójimo, adquieren un gran conocimiento del corazón humano, y sacan siempre el mejor partido de la debilidad ajena, poniendo en juego sus grandes facultades oratorias, y asestando los tiros de la mas refinada adulación á la vanidad, que es el lado mas vulnerable.

En la parte meridional de España, que es donde habita el mayor número, cultivan con notables disposiciones la poesía y el canto, y traducen sus sentimientos en estrofas de una forma especial y con acentos tan melodiosos y tan impregnados de ternura, que conmueven el corazón y hacen derramar lágrimas.

Entre sí son extremadamente afectuosos y sinceros, y se consideran todos como miembros de una sola familia; pero con los demás son siempre astutos y epigramáticos, suspicaces y mentirosos, y muchas veces humildes hasta la baja, especialmente cuando temen ó esperan algo.

Llevados de su fantasía, ó conservando en su tradición algunos restos del gusto árabe, son muy amigos de la ostentación en el vestir, y agregan como adorno á sus trajes, cuando sus circunstancias se lo permiten, algo de plata ó oro, pedazos de cristal imitando piedras preciosas, y prefieren siempre las telas de los mas vivos colores.

Las mujeres usan tambien de mucha coquetería en su atavío y en sus maneras, y son en extremo insinuantes. En el fondo su carácter es melancólico; pero una vez entregadas á la alegría, llega á ser en ellas hasta un vértigo y una frenética locura.

Su verdadero prurito es apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño, para lo cual prefieren siempre la astucia á la fuerza. No conocen otros mejores títulos de adquisición que el hurto y la rapiña, y entre ellos es una cosa sancionada por la costumbre, y que se trasmite de padres á hijos, para que no se olvide, en el acto mas importante de la vida, que es el casamiento.

Cuando un jóven gitano llega á la edad de elegir una compañera, hace una excursión por todos los pueblos comarcanos; visita á todas las familias en que hay alguna muchacha *en sazón*, y despues de elegir *in pectore* aquella que mas le agrada, vuelve á su hogar á consultarlo con su familia; esta hace sigilosamente todas las averiguaciones necesarias sobre la virtud de la jóven, que se reduce á no haber tenido jamás trato íntimo con ningun español, y luego procede á enviar sus embajadores á la familia de la novia, con los cuales ajustan el dote que esta ha de llevar, consistente las mas veces en un vestido de mas ó menos precio, segun la fortuna de sus padres. Hecho esto, los novios quedan en libertad de convenir entre sí el día de la boda y sus preliminares, que son: el rapto á deshoras de la noche y el lugar donde han de retirarse hasta que el contrato se formalice.

Al llegar el día por ellos prefijado, el novio, sin participarlo ni aun á sus mejores amigos, se ausenta de su casa; llega á la de la novia en las altas horas de la noche; hace una misteriosa señal de antemano conveñida, y la cándida paloma deja su nido con la misma precaución, y sin que nadie lo sienta se larga bonitamente con su amante al través de los campos, y los dos se dirigen á la casa de aquel que tienen ya elegido por padrino.

Este les pregunta con mucha gravedad:

— ¿Qué quereis?

— Casarnos, responden los dos, y que Vd. sea el *padrino* de la *boa*.

— Bueno. ¿Habeis hecho la cosa como Dios manda?

— Sí, señor; esta noche la he *robao* de su casa, sin que *naide* lo sienta.

— Bueno. ¿Ha habido alguna *fulleria*?

— *Denguna*.

— Entonces podéis entrar, y contar con mi casa y mi dinero.

Cuando llega la mañana y los padres del uno y la otra advierten que sus hijos han desaparecido, solo se cuidan de inquirir cuál será el padrino que hayan buscado, para lo cual preguntan en las casas de los gitanos mas ricos, si no es que ya tienen algunos barruntos de la elección, en cuyo caso se encaminan allá directamente.

El padrino se informa entonces de si los muchachos han hecho la *cosa* con el debido secreto; y asegurado de esta circunstancia indispensable, se publica el rapto, y los esponsales quedan contraidos en forma.

En seguida se comienzan á hacer todos los aprestos para la fiesta; convócanse para la boda á todos los gitanos del contorno, y despues de esto se ve al cura para elevar á sacramento lo que entre ellos es ya un indisoluble contrato.

El día de la boda, es de ver en el pueblo ó en el barrio donde se celebra, cómo se reúnen todos los gitanos y gitanas adornados de sus mejores vestidos y llevando cada cual algun instrumento con que festejar á los novios. El uno lleva una pandereta, el otro una guitarra, esta unas castañuelas... y cantan y bailan en medio de las calles y arrojan al aire sus sombreros, y todo en aquel día es para ellos broma, ruido y *jolgorio*.

Tan luego como reciben las bendiciones, se dirigen todos en animado grupo á la casa del padrino, donde les aguarda una comida espléndida, relativamente á las fuerzas pecuniarias del anfitrión, la cual devoran en dos minutos, para dar principio á la danza.

El baile lo rompen siempre los novios entre las palmas y el bullicioso canto de la concurrencia. Este baile, que suele ser siempre de un carácter grotesco y lascivo, dura todo el tiempo que los convidados emplean en prender al vestido de la novia sus regalos, consistentes en piezas de dulce seco, alguna gargantilla de cristal imitando topacios, ó cualquier fruslería por el estilo, adornada siempre de un lujoso lazo de cinta con su correspondiente afiler en forma de anzuelo para prendérselo con facilidad sin que se interrumpa el baile.

Estas fiestas se celebran siempre á puerta cerrada; toman parte activa en ella hasta los mas ancianos, y rarísima vez, y como por una gracia muy especial, permiten la presencia de algun individuo extraño á su raza, cuando no pueden negarse por haber recibido de él singulares favores.

Los novios alternan en la diversion hasta bien entrada la noche, y á las doce en punto son conducidos por los padrinos al aposento nupcial, donde el tálamo, caprichosamente adornado, suele llegar cerca del techo, por la abundancia de colchones, y al cual en vano tratarían de subir los desposados sin la ayuda de una escalera.

Cuando los novios se retiran á su habitación, todo queda en el mas absoluto silencio; hombres y mujeres permanecen en una especie de meditacion profunda, hasta tanto que la madrina vuelve á presentarse entre los concurrentes á dar auténtico testimonio de la virtud de la desposada.

Entonces levántase por todas partes un grito atronador de alegría; vuelve á comenzar la interrumpida fiesta; rómpense los diques al decoro, y todos beben, rien, cantan, bailan y se entregan á todo género de locuras, hasta que, rendidos por la embriaguez y el cansancio, caen unos sobre otros, y así aguardan el día siguiente para volver al regocijo.

Estos festejos suelen á veces durar hasta ocho días, sin tregua ni descanso, cuando el padrino es hombre de alguna fortuna y los novios gitanos de cuenta.

En otro artículo nos ocuparemos del nacimiento y la muerte, donde suele haber circunstancias muy curiosas dignas de saberse y de estudiarse.

JOSÉ MARIA GUTIERREZ DE ALBA.

Paris, enero de 1838.

### Necrología.

El arte músico acaba de perder á uno de sus mas dignos representantes en la persona de Sigismundo Neukömm, digno sucesor de los Handel, Mozart y Bach. Amigo y discípulo de Haydn, Sigismundo Neukömm obtuvo á la edad de quince años el ambicionado puesto de organista de la universidad de Salzburgo, su ciudad natal. A imitación de los músicos alemanes mas profundos, continuó con el mayor empeño sus estudios y fué agregado dos años despues al teatro de la Opera para dirigir en union de otro maestro los ensayos de las obras. Mas tarde pasó á Viena, y desde esta capital donde permaneció al lado del inmortal Haydn emprendió la serie de sus viajes. Despues de haber visitado la Suecia y otros varios estados del Norte de Europa, se dirigió á la corte de San Petersburgo, donde á pesar de no contar mas de veinte y siete años le confiaron el puesto de director de la ópera. En 1809 se presentó en Paris donde el príncipe de Talleyrand lo escogió para reemplazar á Dussek que habia sido su pianista favorito. Siguió al príncipe, en 1813, cuando este pasó á ocupar su puesto en el Congreso de Viena y allí tuvo ocasion Neukömm de hacer oír, ante un auditorio de em-



peradores, reyes y príncipes, el *Requiem* que había compuesto en conmemoración del infortunado monarca Luis XVI. Esta obra le valió diferentes diplomas de cruces, y otras distinciones honoríficas.

Posteriormente hizo un viaje á Rio-Janeiro, en compañía del embajador francés, y las muchas composiciones que escribió en el buque que lo trasladó al otro mundo, están fechadas según las diferentes latitudes que atravesó durante la navegación, porque incansable en el trabajo no dejó, un solo día, de escribir alguna página de música. El monarca del Brasil le nombró su maestro de capilla, asignándole un crecido sueldo, hasta que los acontecimientos políticos obligaron á Don Pedro á dejar la América y venir á Europa. Entonces regresó Neukomm á Francia y volvió á ocupar su puesto al lado del príncipe de Tayllerand, pero no tardó en emprender nuevos viajes. Recorrió la Italia, la Bélgica y la Holanda, y posteriormente la Inglaterra, habiendo tenido ocasión de conocer en Escocia á Walter Scott, con quien contrajo amistad, lo mismo que con otros hombres distinguidos de la Gran Bretaña. Verdadero representante del movimiento continuo, verificó nuevos viajes á Francia, Italia, Alemania, y se dejó ver dos veces más en Londres, haciendo por último, una excursión á las posesiones francesas de Africa, sin dejar de escribir y componiendo siempre.

Se ha dado á conocer en todos los géneros de música vocal é instrumental: el estilo religioso y las obras teatrales le eran familiares. Compuso mucha música para idiomas distintos, porque hablaba con facilidad el latín, el alemán, el francés, el italiano, el inglés y el portugués. En el catálogo que el mismo Neukomm hizo de sus escritos en 1837, aparecen 743 obras: 524 de música vocal y 219 composiciones instrumentales. Durante veinte años más ha seguido escribiendo lo mismo. Cuando ya no viajaba, y el trabajo empezaba á fatigar su espíritu, es cuando la muerte lo ha arrebatado al mundo.

Su rico y variado repertorio se compone de obras religiosas, óperas, cantatas, duos, cuartetos, quintetos, marchas, canciones, sonatas, caprichos, vales, ejercicios de solfeo y armonía, etc.

Neukomm pasaba, además, por uno de los mejores organistas de la época actual.

R. B.

BALADA.

— Tú que sabes por quién llora  
Y porqué de mí se aleja  
Dando á los vientos su queja  
Esa niña encantadora;  
¿Puedes contarme su anhelo,  
Serrana de tez morena?  
¿Me comunicas su pena?  
¿Me dices su amargo duelo?  
Ya de oír la suspirar  
El alma siento oprimida  
Inquietamente transida  
La suya por penetrar.

— ¿Penetrar? ¡Falaz quimera!...  
Sintiendo en tí el pecho puro,  
De saberlo, está seguro  
Que el dolor te arrepintiera.  
Mírala por un instante;  
Contéplala sin autojos:  
¿Nada te dicen sus ojos?  
¿Nada su fríste semblante?

— Su semblante... su mirada...  
¡Oh! es verdad, lo adivino:  
Horrible, crudo destino...  
¡Sin juicio gime angustiada!

— ¡Ya sabes pues porqué llora!...  
— Llorar del alma, en la vida,  
La transparencia perdida...  
¡Su flor truncada en mal hora!...

FRANCISCO LOZANO Y FRAU.

Revista de París.

Rossini, que se da una vida de parisiense legítimo, acaba de trasladarse á la hermosa habitación de verano que tiene en Passy, bonito pueblecillo del bosque de Boulogne donde se encuentra reunida por este tiempo toda una población de compositores, artistas y literatos. La empresa de una sociedad filarmónica de la capital que durante el estío se propone dar algunos conciertos en el Ranelagh, famoso establecimiento de baños públicos situado junto á la casa de Rossini, quiso celebrar el sábado último la llegada del maestro con una función en su honor, cuyo programa se componía exclusivamente de piezas sacadas de su abundante repertorio. Se tocaron las ocho sinfonías de las óperas que se expresan á continuación: « el Sifio de Corinto; — Otelo; — la Cenerentola; — el Barbero de Sevilla; — Guillermo Tell; — Semiramis; — Tancredo y la Gazza ladra; » y completaron este programa asombroso para los admiradores del genio de Rossini, cuatro piezas más de conciertos, entre las cuales llamaron vivamente la atención del público un aire de caza y una « Pastorela de los Alpes tiroleses. » La concurrencia fué crecida los hermosos jardines del Ranelagh se hallaban llenos de gente de París que aplaudió estrepitosamente esa serie de composiciones del maestro in-

mortal, que era como un resumen de las diferentes fases de su inspiración, de su genio y de su ciencia.

Rossini se mostró un instante en el jardín, pero antes de que hubiera comenzado el concierto, y salió á la hora de principiar, sustrayéndose así á la ovación que el público no habría dejado de hacerle; no se ha conocido hombre más desdenoso de su propia gloria.

Ya que nos encontramos en el campo vamos á contar á nuestros lectores una historia campestre.

Dos amigos, dos jóvenes aficionados á la caza habían pasado todo un día entregados á ese ejercicio saludable, cuando al anocheecer, rendidos de cansancio, acertaron á entrar en la choza de una aldea.

Dentro de la rústica habitación había un lugareño de unos cuarenta y cinco años de edad acompañado de su mujer robusta y fresca todavía y de dos muchachos encarnados y rebosando salud que era un portento.

La hospitalidad fué ofrecida y aceptada con toda franqueza. Pronto se puso la mesa, y nuestros convidados hicieron los honores debidos á una comida apetitosa.

El aldeano había sacado unas cuantas botellas de buen vino, y los cazadores comenzaban á estar alegres.

Pero una cosa les llamó la atención, y es que el aldeano llenaba constantemente sus vasos con el contenido de las botellas, y en el suyo solo echaba agua. Ya iban á preguntarle los motivos de su abstinencia, cuando él se adelantó á decirles:

— ¿Qué les parece á Vds. este vino?

— Muy bueno, respondió uno de los jóvenes, pocas veces le he bebido mejor.

— Yo lo creo, le conservo hace años; por desgracia se van acabando las botellas.

Colocada en este terreno la conversacion, había oportunidad para satisfacer la curiosidad susodicha.

— ¿Me permite Vd. que le pregunte una cosa? dijo el cazador.

— Lo que Vd. guste.

— Me ha sorprendido mucho, y creo que á mi amigo también, el que pareciendo Vd. aficionado no haya Vd. probado el vino todavía mientras nosotros hemos repetido tan á menudo.

La frente del lugareño se oscureció.

— ¡Ah!... ¡Lo han notado Vds. !... dijo; ¡es toda una historia!...

— Entonces perdone Vd., repuso el cazador, si he despertado sin quererlo algún recuerdo doloroso...

— No, no, dijo el aldeano, contaré lo que es, para que Vds. juzguen...

Y con la mayor sencillez se puso á contar su historia en estos términos:

« Hace diez años, señores, existía en este pueblo un jornalero humilde conocido con el nombre de « Juan el Bebedor. » Sus compañeros le pusieron este apodo por su afición á los líquidos en general, y en particular al vino.

Yo soy el que mereció ese sobrenombre.

Tenia yo por aquella época unos treinta años, y apenas había dos que había contraído matrimonio. Mi profesion, aunque poco lucrativa, me bastaba con el producto de una tierra que me había dejado mi padre para cubrir nuestras necesidades. En suma habríamos podido ser muy felices si el diablo no hubiera querido enredarlo todo.

No es difícil explicar cómo llegó á gustarme la bebida. Todas las mañanas mis compañeros tenían la mala costumbre de tomar un vaso de vino blanco antes de irse á trabajar.

A menudo me arrastraban con ellos, me hacían beber vasos y mas vasos, y nos despedíamos hasta el día siguiente. De este modo me enseñaron el camino de la taberna, y me aproveché tan bien de las lecciones de mis amigos, que pronto pude servirles de modelo.

¡Ay! no veía qué consecuencias tan funestas podía tener para mí esa inclinación degradante. Principié por descuidar mi trabajo, tanto que al cabo de poco tiempo me señalaban con el dedo y nadie me ocupaba.

Esto habría debido servirme de lección, pero no hice caso. Me entregué con mas ahínco á mi pasión y pasaba días enteros en la taberna bebiendo, jugando y riendo con los que me daban el maldito apodo.

Y no es todo aun; cuando volvía á mi casa por la noche, mi mujer debía sufrir las consecuencias del vergonzoso estado en que me hallaba.

No obstante en el fondo no se había pervertido mi corazón... conocía mi mala conducta, pero no tenía la fuerza suficiente para corregirme.

Había momentos sí en que juraba no volver á poner los pies en la taberna; pasaba un día y dos firme en mi propósito; pero luego concluía por desquitarme de lo perdido.

Dos años cabales duró esta existencia.

Mi pobre mujer había agotado todos los medios para hacerme entrar en la buena vía; pero todo en vano.

Por entonces me dió una niña... una niña hermosa como un ángel...

Este acontecimiento principió á inspirarme varias reflexiones, porque vi en él como una advertencia de Dios. Se me figuró que Dios en su bondad y en su misericordia infinita se dignaba decirme: Tienes que trabajar para alimentar á esa criatura. ¡Animo!

Lo difícil era hallar ocupacion; en el pueblo era imposible, porque todos me conocían y no había un solo habitante que no me fuera hostil por mi mala conducta.

Sin embargo, tomé una resolución. Sin decir una palabra á mi mujer fui á casa del señor cura, un sacerdote venerable que repetidas veces me había exhortado á cambiar de vida.

El buen anciano me recibió como á una oveja descarriada con todas las precauciones y toda la ternura de un padre. Cuando conocí mi firme propósito de trabajar en lo sucesivo para mantener á mi familia, no pudo contener su alegría y me dió un abrazo.

— Juan, me di o, te quiero curar enteramente. Es una idea de Dios...

— Sí, ¿pero dónde hallaré trabajo?

— En mi casa; vendrás á trabajar aquí todos los días mientras te proporcione ocupacion en otra parte.

— Está bien, señor cura.

— Ahora tratemos de otro asunto; ¿qué es lo que bebes en tus comidas?

— Bebo vino, señor cura.

— Mucho, ¿no es verdad?

— Una botella en cada una.

— Es preciso cortar la racion... Juan, ¿me prometes hacer lo que voy á decirte?

— Lo prometo, señor cura.

— Espérame aquí un instante; ahora vuelvo.

Y el digno sacerdote se dirigió á su huerta. Algunos minutos después se presentó de nuevo, y traía en la mano un taleguillo que no pude adivinar lo que contenía.

— Juan, me dijo el anciano, te voy á imponer una gran penitencia.

— ¡Oh! señor cura, nunca será lo que merezco.

— ¡Quién sabe! exclamó el sacerdote con una sonrisa. Primero, no volverás á poner los pies en la taberna.

— Lo juro.

— Muy bien; en segundo lugar continuarás bebiendo como hasta aquí una botella de vino en cada comida.

— Deberia ser menos, señor cura.

— Espera... Ten esto muy presente: todos los días irás echando en la botella una de las piedras que hay en este taleguillo... cuidado con que te olvides de ello?

— ¿Y ese es el remedio que me debe curar enteramente?

— Te respondo de que así será con tal de que cumplas el encargo al pie de la letra.

— ¡Oh! señor cura, lo haré de muy buena gana.

— Cuando el taleguillo este vacío, entonces veremos. Hasta mañana, Juan.

— Hasta mañana, señor cura, y gracias por todo.

De vuelta en mi casa me apresuré á contar lo sucedido á mi mujer, no sin burlarme algún tanto de las piedrecillas del señor cura... porque eran efectivamente unas piedrecillas menudas como avellanas.

¿Qué diré á Vds., señores?... Tenia grandes deseos de corregirme, y durante un mes seguí fielmente las prescripciones del buen sacerdote, sin sospechar ni por asomos en qué vendría á parar todo aquello.

Únicamente cuando vi que la botella llena hasta la mitad de piedrecillas no contenía mas que la mitad de vino, comprendí la idea del señor cura.

Gracias á esto había curado... Había disminuido mi racion todos los días poco á poco sin echarlo de ver, y me contentaba entonces sin esfuerzo ninguno con lo que no me había bastado un mes antes.

Cuando di las gracias al señor cura por el buen resultado que había logrado alcanzar obedeciendo su mandato, me tomó la mano y me dijo:

— Sírvate de leccion, amigo Juan. Tienes una niña que debes educar mas tarde. Acuérdate de que cuando se trata de corregir un vicio que está muy arraigado, no se debe chocar con él de frente; vale mas atacarle poco á poco, sin que se note y aun transigiendo en todo lo posible. Entonces, aunque no sea mas que por espíritu de contradiccion, el vino abandonará el campo.

Y ahora, señores, añadió Juan levantándose de la mesa, si no bebo mas que agua es porque un día tuve una recaída, y he querido quitar á mi enemigo todo imperio directo ó indirecto sobre mí... He jurado no beber vino nunca y cumpliré mi juramento.

Los dos amigos oyeron con interés esta sencilla historia, y no pudieron menos de dar un apretón de manos afectuoso y cordial al buen aldeano, que con una humildad verdaderamente cristiana había confesado sus vicios y había tenido bastante fuerza de voluntad para enmendarse.

En la página siguiente hallarán nuestros lectores dos dibujos de actualidad; el primero representa un gran incendio ocurrido el 6 de junio en París en los vastos almacenes de novedades del « Gran Condé » en la calle del Sena. El fuego comenzó á las ocho y media de la noche, y al momento se dispusieron los auxilios mas propios para sofocarle.

Los bomberos de los puntos mas cercanos, algunas partidas de la Guardia de París y varios destacamentos de tropas de diferentes cuerpos acudieron con premura al lugar de la desgracia, y secundados por una multitud de hombres, niños y mujeres, pusieron en movimiento las bombas.

El prefecto de policía y el general gobernador militar de París pasaron parte de la noche en el lugar del siniestro dictando las medidas oportunas para el orden y la vigilancia.

Los zapadores-bomberos lograron á fuerza de trabajo cortar el incendio, y la casa del « Gran Condé » comenzó á desmoronarse á las dos de la madrugada. Nuestro dibujo representa el aspecto que tenía á esa hora el lugar incendiado.

Parece que la desgracia fué ocasionada por una explosion de gas.

Doce personas salieron ligeramente heridas dos y de mayor gravedad.

Las pérdidas han sido muy grandes; se dice que el « Gran Condé » estaba asegurado por dos millones de francos; pero los perjuicios son mayores aun, pues además de las pérdidas particulares de la tienda donde nada se salvó, el incendio ha destruido cinco casas. Tres días después los restos de las construcciones humeaban todavía.

El segundo dibujo figura un episodio de una gran pantomima militar que se representa actualmente con gran éxito en el Hipódromo de París. La pieza se titula la « Guerra de las Indias » en 1799. El público asiste con avidez á presenciar las escenas de horror que se suceden en esa serie de terribles sucesos. Los trajes de los campeones son de un lujo extraordinario, y todo se ha puesto tan en grande, que trabajan en la pantomima mas de mil personas.

MARIANO URRABIETA.





INCENDIO DE LOS ALMACENES DEL GRAN-CONDÉ, EN PARIS.



TEATRO DEL HIPÓDROMO. — LA GUERRA DE LA INDIA.



**Retratos**

DE MAHOMED HOSSEIM, GOBERNADOR DE GORUCKPORE, Y DE E. F. VENABLES, DEFENSOR DE AZIMGHUR.

Con mucho sentimiento se ha sabido la noticia de la muerte de M. E. F. Venables, quien desde los primeros tiempos de la sublevacion india habia merecido por sus servicios la atencion del gobierno inglés. Se señaló extraordinariamente por su hermosa defensa del distrito de Azimghur contra los Palwaros (hombres armados para la independencia de Uda), donde dió á conocer talentos civiles y militares en medio de la consternacion general de aquellos dias de prueba.

Creemos verán con gusto nuestros lectores el retrato de este gentleman, que adquirió tanta nombradía en menos de un año.

El 15 de abril último cuando formaba parte del ejército del general Lugard, suministró á este oficial todos los elementos de la victoria, dándole á conocer los caminos y la posicion del enemigo; despues de haber contribuido personalmente á hacer levantar el sitio de Azimghur, fué herido ligeramete en el brazo izquierdo, persiguiendo á los fugitivos. La imprevisión del doctor á cuyos cuidados se confió, privó para siempre al Estado de sus servicios.

MAHOMED HOSSEIM, gobernador de Goruckpore. — E. F. VENABLES, defensor de Azimghur.



Damos tambien el retrato de Mahomed-Hosseim, que mandaba despóticamente en Goruckpore cuando este distrito fué abandonado por los ingleses. El dibujo es bastante imperfecto, y deja mucho que desear, pero es una copia fiel de un apunte suministrado por un pintor de Goruckpore, y no hemos juzgado á propósito hacer correccion ninguna.

P. R.

**Regatas de la Reole.**

El pueblecillo de la Reole, que refleja en las aguas del Garona sus antiguas murallas, ha sido teatro el 15 del último mes de unas luchas náuticas muy interesantes.

El consejo municipal del pueblo habia ofrecido una hermosa medalla de plata como premio de honor, á los peniches de seis remos. La distancia que habia que recorrer era de 3,500 metros; la primera mitad con la corriente, y la segunda subiendo.

Cuatro embarcaciones se presentaron: la *Coquette*, de la Reole, la *Levette*, de Quinsac, la *Minerve*, de Burdeos, y la *Grisette*, perteneciente al círculo náutico de la misma ciudad.

Los honores de esta hermosa carrera fueron para la *Grisette*, patron M. Welmett.

C. B.

REGATAS DE LA REOLE.





## POR NO SER TRECE.

EUGENIO MILBERT A FÉLIX DUPORT.

Lausana.

«Pasado mañana, mi querido Félix, estaré en Ginebra. No hay motivo ninguno para escribirte esto, porque es mas que probable que llegaré al mismo tiempo que mi carta. ¡Pero qué quieres! soy tan feliz que no puedo contener mi alegría por mas tiempo.

Desde hace dos dias hablo con las butacas, con el reloj, con el gato, pero esto no me basta, y es tal la necesidad de comunicarme con alguien, que á fin de no morir ahogado te escribo.

Adios, pues, bella habitacion y suntuosos muebles de mi tío Eloy: adios magníficas butacas de terciopelo y secreter de palo santo que adornais mi cuarto; adios opíparas comidas y tentadores vinos de Francia.

Dentro de algunos dias tendré una pequeña buhardilla, amueblada con un catre de tijera, dos sillas de paja y una mesa de pino: comeré en una taberna.

Pero estaré en mi casa y *ganaré mi vida*. Palabra rara, pero enérgica. El hombre á quien Dios hizo á su imagen; el hombre que tan liberalmente se adorna con infinidad de ventajas; el hombre, rey de la naturaleza, que pretende que todo es suyo y que todo ha sido hecho para él; — el hombre para comer, beber, dormir; para tener siempre corrientes los resortes de su miserable máquina; para echar aceite en sus ruedas, se ve obligado á vender las dos terceras partes de su vida á otro hombre mas rico que él.

Así el hombre á quien yo voy á servir de secretario, tiene: primero su vida, que es exclusivamente suya; luego la de todos los desventurados que le sirven: de modo que para él un dia tiene por lo menos treinta y seis horas, en tanto que para mí apenas llegan á ocho.

Y veía á todo el mundo *ganarse su vida*, y me decía: ¡pero robo yo la mía! ¡Oh! ahora no harán por mí nada que no me deban; volveré servicio por servicio; al comer no tendré que estar agradecido á nadie; al dormir nadie tendrá nada que echarme en cara: ¡seré libre!

¡Ah, Félix! tú no comprendes estas palabras; tú no sabes lo que es el haber pasado toda la vida en casa de un bienhechor. Un bienhechor. Pronto te hubiera puesto al corriente de cuanto da: ¡pero si supieras lo que cuesta!

El descanso del sueño, que es un beneficio, es menester tomarlo, no cuando tengo sueño, sino cuando á mi tío se le antoja dormir.

Tengo que ocultar mis gustos é inclinaciones; guardar mis pensamientos, sacrificarle mis gustos. ¡Oh! si tú supieras que se hacen cobardías y bajezas por una comida, que no se harían por un millon, cuando se come tan bien por dos reales!

¡Oh! porqué mis padres al morir, dejándome solo y tan jóven en el mundo, no me han dicho: ¡Toma una azada! ¡trabaja! ¡cava la tierra! ¡en vez de hacerme cultivar la herencia de mi tío Eloy!

Pero gracias á Dios esto va á concluir. *Voy á ganarme mi vida*.

¡Te sorprende!

Hé aquí cómo ha sucedido esto.

El otro dia llegaron forasteros á casa de mi tío. Este, que me trata siempre como á un niño, le dijo:

— El chico acompañará á Vd. á ver la catedral. Ya conoces á Lausana: habíamos tomado por la calle cubierta y en forma de escalera que conduce á la iglesia. Se tarda un cuarto de hora en subir, y cuando uno ha llegado al final, se encuentra con un aviso sobre la puerta que le indica que es menester volver á bajar para buscar á un tal M. Bache, tintorero, que tiene las llaves.

Llegué cansadísimo, pero el forastero, tratándome como si fuera un criado, me mandó que fuera á buscar á M. Bache. Por un momento tuve intencion de dejarlo allí, y abandonar á Lausana, y huir de mi tío, y marcharme á través de aquellas verdes llanuras, cubiertas de un puro cielo para no volver jamás.

Fui, sin embargo, á buscar á M. Bache; el tintorero me dió las llaves y volví con ellas en busca del forastero.

Encontré á este sentado en la terraza, figurándome que habia tardado mucho. Luego sin darme un momento de descanso, me obligó á que le sirviera de *cicerone*, y me hizo infinidad de preguntas á cual mas tontas sobre cada piedra, y sobre cada pedazo de madera que veía.

Me ví obligado á responderle una porcion de veces:

— No sé; y á cada una me decía:

— Parece imposible que Vd. lo ignore.

De tal modo me impacientó, que me dieron tentaciones de largarle una historia á cada pregunta.

Dios sabe lo que le referí.

Cuando llegamos á la tumba de Harriet-Caning, mujer del embajador de Strafford, le dije que era el sepulcro de la esposa de mi tío Eloy, y lo llevé de allí, como si quisiera á todo trance huir de algun triste recuerdo, pero en realidad para escapar á la mas triste obligacion de responder al diluvio de preguntas que indudablemente me hubiera hecho sobre cada trazo del cincel del escultor.

Desgraciadamente para mí, durante la comida se le antojó hablar á mi tío de la magnífica tumba de alabastro que habia hecho construir para su señora la difunta madama Eloy Milbert.

Por la noche mi tío me echó una peluca decente, y me dijo:

— Bien está, bien está; ya sé lo que debo hacer.

Al dia siguiente por la mañana tuve que aguantar una larga é interminable relacion de todo lo malo que habia hecho desde mi infancia, sin olvidar un plato roto hacia diez años y un pantalon desgarrado hacia doce.

A cada nueva que cometia me reñia por todas las anteriores, y la letanía comenzaba invariablemente por estas palabras:

— *A los tres años, viviendo todavía tu padre, robaste unas manzanas.*

Como es de esperar, á la lista de mis crímenes seguía la de sus beneficios, y entonces sentía venirse á la boca, amargo y envenenado, cuanto pan habia comido en su casa.

— Esto va á concluir, señorito, me dijo: dentro de tres dias marchará Vd. á Ginebra: hay un rico negociante que necesita un secretario: irá Vd. á su casa.

Mañana marzo: debo pasar por Montreaux para entregar una carta á un tal M. Gautherot, que segun parece es un amigo de mi tío, á quien no conozco.

Tu amigo,

EUGENIO MILBERT. »

EUGENIO MILBERT A FÉLIX DUPORT.

« En cuanto recibas esta irás á personarte en casa de M. Sauders, negociante, que vive detrás de los Baños des Bergnes, y le dirás que M. Eugenio Milbert, tu servidor y el suyo, tardará todavía en llegar tres ó cuatro dias. Haz este encargo antes de leer el resto de mi carta.

Te spongo ya de vuelta de casa de M. Sauders; ahora puedes escuchar, ó mejor dicho leer mi historia.

Como te lo habia anunciado, salí anteayer de Lausana con seis camisas, mi frac azul, un reloj de mi padre y un poco de dinero que me dió mi tío al despedirme.

Dióme tambien una infinidad de consejos de los que no entendí una palabra, porque desde hace algun tiempo he adoptado la resolucion, en cuanto le veo dispuesto á regañarme, de escoger cualquier asunto propio para meditar, segun la mayor ó menor solemnidad del exordio.

Al hablarme de mi padre, lloró y me dijo: *Ten en cuenta, Eugenio, que en la vida no se debe contar con nada mas que con uno mismo.*

Te aseguro que en este instante me ha parecido un buen hombre, y no he podido reconocer en él al tirano de mi juventud: acaso nunca ha habido entre nosotros mas que un *quid pro quo*.

El es viejo, yo jóven; y cada uno de nosotros ha tomado por una especie de hostilidad permanente la diferencia de gustos y la oposicion natural de sensaciones y de ideas.

Nada es tan tolerante como la felicidad: tan contento y alegre estaba de dejarle, que casi casi me daban tentaciones de quedarme con él.

A las cuatro llegué á Montreaux: es una aldea que se encuentra al venir de Lausana, á la izquierda del camino que costea el lago y á algunos centenares de pasos de él: se sube por una pequeña senda pedregosa. En la posada supé que no pasaria por allí ningun carruaje hasta el dia siguiente.

Me cepillé y fui á casa de M. Gautherot. Leyó la carta de mi tío, y pareció no quedar satisfecho de ella.

— Con que no viene: y eso que es el santo de madama Gautherot, y me habia prometido venir.

Me recibió con frialdad.

— ¿Usted es sobrino suyo?

— Sí señor.

— Muy bien. Va Vd...

— A Ginebra.

— Muy bien. Hace hoy mucho calor.

— Así, así... etc.

Me levanté, saludé y me marché.

Fui á mandar que me preparasen la comida en la posada, y luego á pasearme por el atrio de la iglesia.

Es el sitio mas encantador que he visto en mi vida.

La iglesia, sin ser enteramente gótica, tenia todo el encanto religioso de este orden de arquitectura; su campanario octógono se destaca á una gran elevacion sobre el fondo verde de una elevadísima montaña.

Entrase al atrio por una puerta, ó mejor dicho bóveda de madre-selva; los dos costados de la puerta principal son dos rosales. Entre las ojivas se elevan jazmines que ostentan entre su verde follaje las estrellas de sus flores blancas y perfumadas; *corchorus* con sus pequeñas rosas de color de fuego; y una parra que se encarama por la torre, y cubre con sus verdes hojas parte de ella.

El atrio es un hermoso prado esmaltado de siempre-vivas, botones de oro, margaritas blancas y *wergis-meinnich* de un azul pálido.

Entre la yerba se elevan árboles del paraiso, con flores acarminadas, acacias que todavía no están en flor, y lilas cuya flor ha pasado ya.

El atrio está rodeado de una cerea que oculta los terrenos inmediatos, los cuales van descendiendo de modo que parece salir ó estar flotando en medio del lago.

En uno de los ángulos hay un banco, bajo unos cerezos, en el cual fui á sentarme.

Allí ví descender el sol entre las nevadas cimas de dos montañas, que parecia cruzarse por su base.

Ocultábase tras una nube inmensa de color negro azulado, cruzada por una ancha franja de oro: por encima elevábase un vapor anaranjado; la montaña mas cer-

cana al horizonte parecia gris; la que estaba mas lejos aparecia negra.

El intervalo que separaba las dos cimas en forma de cono invertido, estaba lleno de luz y fuego.

Me quedé absorto ante aquel espectáculo, ante la calma del lago y la magnificencia del paisaje.

Así estaba cuando sentí que me tocaban en el hombro.

Me volví: el que venia á interrumpir mi meditacion era M. Gautherot.

— Pardiez, me dijo, hace largo rato que os ando buscando: me habian dicho en la posada que habiais ido á pasearos, y he echado tras de vos para ver si daba con la pista, aunque ningun indicio cierto tenia de dónde podria encontraros. Es preciso que vengais á comer con nosotros.

Admiróme aquella brusca invitacion, que me hubiera podido hacer mas políticamente dos horas antes, y contesté que habia ya comido.

— No tal, me dijo M. Gautherot, porque he hecho quitar del fuego en la taberna una polla que estaban asando para vos. — He prometido á madama Gautherot que os llevaria á casa, y vendreis conmigo.

Hice algunas observaciones, y al fin y al cabo no tuve mas remedio que acompañar á M. Gautherot.

Cuando pasábamos por delante de la posada, me dijo:

— ¡Ah! si gustais podeis subir á vestiros, porque tenemos algunos convidados; pero pensad que solo teneis diez minutos y que voy delante para anunciaros.

Subí á mi cuarto pensativo.

— ¡Vestirme! ¡Porqué querrán estas gentes que yo me vista! Me habia puesto para llevar la carta mi frac azul que consideraba como el mejor: otro gris que tenia lo llevaba guardado en el baul; hacia mucho tiempo que estaba allí.

Lo saqué maquinalmente. No sé si los vestidos adquieren lustre estando guardados mucho tiempo, ó si mi frac azul habia perdido el suyo sin que me apercibiese de ello: el resultado fué que el frac gris me pareció mucho mejor que lo que esperaba, é infinitamente superior al azul. Me le puse, y volví á casa de M. Gautherot.

Habia mucha gente aquel dia en casa de M. Gautherot; repararon poco en mí. La señora á un cumplimento que la dirigí, me contestó con una reverencia y las siguientes palabras:

— Ya solo falta M. Rignoux.

Se le esperó media hora, al cabo de la cual llegó un criado con una carta con la que el dicho M. Rignoux se excusaba de no poder asistir á la comida por estar enferma su mujer.

— ¡Dios mio! exclamó madama Gautherot, ¿y qué hacemos ahora?

No comprendí bien esta exclamacion: me parecia que solo habia que hacer una cosa muy sencilla, que era comer, puesto que M. Rignoux no venia.

M. Gautherot siguió á su mujer al hueco de un balcon, y allí sostuvieron en voz baja una animada conversacion, en la cual apercibí á poco que entraba por algo. Esto me costó un poco, y empecé ya á sentir la polla que habia dejado en la posada.

En este momento atravesó el salon una jóven y se llegó á hablar en voz baja á madama Gautherot.

Era la misma hermosa jóven de que hace un año te hablé, á consecuencia de haberla visto en la catedral de Lausana, cuya vista me turbó de tal manera, y que por espacio de un mes estuve volviendo á ver todos los dias en la cima de esa montaña denominada la *Signal*.

Un dia la ayudé á bajar una rápida pendiente, pues solo iba acompañada de personas ya ancianas, que no podian prestarla apoyo ninguno en aquellas circunstancias. Desde entonces la saludaba cuando la veía, y aun la dirigia algunas palabras; luego habia marchado, y solo la habia vuelto á ver en mis sueños.

Era ella: ella con sus grandes ojos azules, su talle esbelto y flexible, y aire gracioso y desembarazado.

Toma parte en el duo que habia en el hueco del balcon, y á poco la oí reír, diciendo:

— Vamos, madre, no os apureis por tan poco; yo me encargo de eso.

Y desapareció por algunos momentos; volvió despues, y atravesando el salon se encaminó hácia mí directamente.

— Caballero, ¿me hareis el obsequio de concederme una breve conversacion?

Cuando la ví venir me levanté; me hizo seña de que me sentase, y ella lo hizo en una butaca al lado mio.

— Hé aquí, caballero, de lo que se trata: mi madre no puede acostumbrarse á la idea de una comida en que se sienten trece á la mesa: vuestro tío debia completar el número catorce con los demás jóvenes que veis.

Y con una maliciosa mirada me hizo observar que ninguno de los convidados bajaba de cincuenta años.

— No ha venido, continuó, y nos hemos visto reducidos á trece; para esto y solo por esto os han ido á buscar; no estais, pues, aquí como un jóven, sino como el número catorce: en casa no se recibe, y no se os ha podido juzgar todavía como persona amable y complaciente.

Pero hé aquí que M. Rignoux no viene: del número catorce que érais, pasais á ocupar el trece, número fatal, de mal augurio; os habeis, pues, convertido en un mal presagio, en la araña encontrada por la mañana, en la corneja vista á la izquierda, en el moscardon negro que zumba á nuestro alrededor. Se ha tratado despues de despediros de un modo simulado... pero no han encontrado ocasion ni oportunidad...



— Señorita, dije fontamente, estoy pronto á retirarme...

— Vuestra respuesta carece hasta tal punto de sentido comun, me dijo con ligera impaciencia, que me dan ganas de dejaros marchar.

Se abandonó como os digo el primer proyecto de despediros simuladamente: pero le sucedió el de hacerme á mí comer sola en mi habitación. He tenido menos resignación que Vd., y he pedido permiso á mi madre para que pusieran una mesa pequeña al lado de la grande donde comeremos ambos, como los dos mas jóvenes, siempre que este proyecto no hiera vuestra susceptibilidad. De esta manera serán solo once, y evitarán, si no el peligro, al menos el miedo de morir en el año.

Dejéme sin esperar respuesta, y fué á decir á su madre que aceptaba la proposición. Madama Gautherot, tranquila ya, se acercó á mí y me dijo:

— Caballero, mi hija os ha confesado mi debilidad: os doy gracias por vuestra condescendencia, y por la bondad que habeis tenido de no burlaros de mí.

— Señores, añadió volviéndose á los otros convidados; M. Rignoux no viene: vamos á comer. M. Morel, dadme el brazo.

Pasamos al comedor, donde estaba en efecto preparada una mesita pequeña para los dos. Madama Gautherot se encargó de explicar aquella división. Fanny, aun cuando me habia hablado un poco mas familiarmente que se acostumbra á una persona que no se ha visto nunca, no habia hecho sin embargo alusion ninguna á nuestro encuentro en Lausana.

Hacia la mitad de la comida comenzaron á hablar en alta voz. Solo entonces me atreví á decirle:

— ¿Recordais, señorita, á Lausana y á su catedral, y á la *Signal*, y la casa del *Forestier*, y sus columnas de madera, y sus acacias en flor?

— Sí, me contestó; y tambien el lago que se ve á los piés, rodeado de montañas nevadas; el lago de color azul oscuro á la sombra, y blanco como un espejo á los rayos ardientes del sol.

— ¿Y aquellos hermosos plátanos, continué, que cubren los bancos del *Signal*, y los verdes bosquecillos llenos de violetas y fresales?

— Tambien, me replicó; y aun mas que eso; recuerdo los risueños y libres pensamientos que se han marchitado con las violetas, y que no han vuelto á florecer como ellas ni florecerán jamás.

Y dijo estas palabras como hablando consigo misma. Y permaneció absorta, y su rostro tardó largo tiempo en recobrar su acostumbrado aire malicioso.

Estuvimos largo tiempo sin hablar. Nos levantamos de la mesa, y por la tarde no me encontraba en ningun sitio á gusto mas que al lado de Fanny.

Por la noche madama Gautherot me preguntó cuándo marchaba. Sin saber lo que decia, la contesté que esperaba una carta de mi tío.

— Pues bien, me dijo, si quiere Vd. mañana oír una misa con música, le haremos á Vd. un sitio en nuestro banco.

Ya comprendes, mi querido Félix, que no puedo marchar sin cometer una falta respecto á esta buena mujer; y además me han hablado mucho del órgano de Montreaux.

Adios.

EUGENIO MILBERT.»

El domingo, Milbert estaba desde muy temprano en el átrio de la iglesia. Fanny llegó tambien antes de la hora en que empezaba la misa con su madre.

Eugenio se acercó á ellas para saludarlas: pero en el mismo momento madama Gautherot fué abordada por algunas conocidas suyas, que la llevaron á un lado del átrio para hablarla de algunos asuntos reservados suyos.

Fanny quedó sola con Eugenio.

— Tal vez ayer, señor de Milbert, he estado demasiado familiar con vos, pero esto no os admirará cuando os haya dicho que os conocia hace tiempo; que la casualidad habia hecho que supiera toda vuestra historia, y que cierta analogía entre vuestras penas y las mías me inspiraron algun interés por un joven, que, segun todas las probabilidades, no debia volver á ver jamás. He vuelto á veros á vos, á quien nunca habia hablado mas que de cosas indiferentes, como el tiempo, la lluvia, y he experimentado la misma sensacion que si hubiera vuelto á ver á un antiguo amigo. Además, nuestro encuentro en Lausana tuvo lugar en una época en que yo era muy feliz.

— Pues qué, señorita, esa alegría que tal encanto os presentaba ayer...

Durante la misa Milbert miró mucho á Fanny, pero sin encontrarse una vez con la mirada de esta. Solamente cuando cantaron el salmo

*Jubilare Deo: Vosotros los habitantes de la tierra, regocijaos y lanzad gritos de alegría al Eterno.*

Alzó los ojos al cielo, y dos gruesas lágrimas cayeron sobre el libro que tenia en la mano.

— ¡Ay! pensaba ella; ¿y de qué debo yo dar gracias á Dios?

Al dia siguiente fueron á pasear al lago. Eugenio fué convidado á comer, y la comida se componia de la pesca que habian cogido juntos. Despues de la comida fueron á pasear al átrio de la iglesia. Allí volvió á hablar á Fanny de sus encuentros en la *Signal de Lausana*.

— He vuelto allá muchas veces despues de vuestra partida, dijo.

— Señor Milbert, replicó, hablo con vos como no debiera hacerlo, pero cuantos me rodean son tan felices, que no tengo confianza con ninguno. Os habeis lanzado sin apoyo á todos los azares de la vida. Pero me hacen pasar de un salto sobre todos los sueños, las ilusiones y las alegrías de mi juventud: me casan con un hombre de mas edad que mi padre.

— Vos, exclamó Milbert.

— Dentro de cuatro meses, añadió Fanny.

Ambos quedaron silenciosos.

— ¿A dónde vais, y qué pensais hacer? le preguntó despues de un breve rato.

— Voy á Ginebra para ocupar un pequeño destino. Mis padres no me enseñaron otra profesion que la de esperar la herencia de mi tío, y os aseguro que es muy triste oficio.

— Oraré algunas veces por vos y por mí; por mí ya no pueden orar, porque mi destino está fijado ya y encerrado en bien estrechos límites: he sacado mi bola de la lotería y esta bola es negra; que el cielo os reserve otra suerte mejor.

— Pero ese matrimonio...

— Es cosa decidida: el contrato está ya hecho y firmado.

— Quiere decir que ya nunca volveré á veros.

— Al contrario, hay razones y motivos que harán que nos volvamos á ver.

— Segun eso, ¿vuestro futuro marido vive en Ginebra?

Fanny le miró con gran admiracion, y no le contestó.

Volviéron á casa. Eugenio saludó á la familia Gautherot y se volvió á su posada.

Al dia siguiente fué á hacer su visita de despedida, y preguntó si tenian algun encargo para Ginebra: marchaba al dia siguiente.

Le detuvieron y comenzaron á ejecutar algunas piezas de música. Fanny cantó, en tanto que su madre la acompañaba al piano.

— ¡Qué motivo tan lindo! dijo Milbert; ¡qué dulce embriaguez que se apodera del alma al oírlo! ¡cómo la adormece, y qué dulces ensueños que hace nacer en ella! Me hareis el obsequio de repetirla otra vez.

Madama Gautherot y Fanny volviéron á empezar; pero no les satisfacía, y volviéron á repetirlo de nuevo.

Fanny estaba en pié detrás del sillón de su madre y á su derecha. Milbert estaba en la misma posicion, pero á la izquierda. Fanny cantó una cancion alemana cuyo sentido es el siguiente:

«Todas las magnificencias de la naturaleza, el silencio imponente de la noche, el aroma de las flores, los pálidos rayos de la luna á través de las verdes cimas de los árboles, las estrellas flores de fuego sembradas en el cielo, las luciérnagas flores de fuego sembradas en la yerba, todo esto ha sido creado para hacer al mundo digno del hombre, en el momento en que dice por primera vez á una mujer: *te amo*; palabra formada de un celestial perfume del alma, que se exhala y sube al cielo con los perfumes de las flores: momento único en la vida, en que es rey, en que es Dios; momento que paga y expia con toda una existencia de amargos pesares.

» Este momento es el precio de todas nuestras miserias.»

Fanny cantó estas palabras con una expresion de dulce tristeza. Eugenio repitió la letra con entusiasmo: sus ojos se encontraron, y se dieron un *largo beso del alma*; sus manos, colocadas en el respaldo del sillón de madama Gautherot, se estrecharon convulsivamente.

La criada trajo luz, y les pareció que su templo de sombra y de misterio se disipaba.

Milbert se retiró temprano y pasó la noche escribiendo una larga carta á la señorita Gautherot; la confesaba su amor.

Al dia siguiente quiso deslizar su epístola, pero ella le dijo:

— Que crean que habeis marchado, y volved á media noche bajo la ventana del jardín.

Se despidió, volvió á la posada y se encerró en su cuarto hasta media noche, con la cabeza llena de tan confusos y encontrados pensamientos, que formaban en su mente un todo conforme que no le permitia escoger ni seguir ninguno.

A media noche estaba bajo la ventana del jardín que no tardó en abrirse.

— ¿Sois vos? le preguntó Fanny con voz temblorosa.

— Sí.

— Pues bien, escuchadme.

— ¡Cómo! ¿Desde aquí?

— ¿Pues desde dónde?

— Dejadme subir á vuestro cuarto.

— ¿Porqué?

— Porque siento pasos, porque podria pasar alguien, y porque pudieran verme.

Y sin esperar la respuesta de Fanny se lanzó hacia los hierros de ella y penetró en el cuarto de Fanny.

Esta estuvo algunos momentos sin poder hablar. Milbert la mostró la luna que se elevaba detrás de los árboles, las estrellas que brillaban en el cielo, y la dijo:

— Recordad la cancion. Todo ha sido creado solo para hacer al mundo digno del hombre, en el momento en que por primera vez dice á una mujer: *te amo*.

«Este momento es el precio de todas nuestras miserias.»

— Fanny, yo os amo.

— Y yo tambien á vos, Eugenio, dijo Fanny; tambien os amo, y hace mucho tiempo; y cuando estos últimos dias me recordábais nuestros encontros en

Lausana, mi corazón me ponía ante la vista hasta el mas pequeño detalle de esos encuentros.

— Y yo, dijo Eugenio, no he podido separar vuestro recuerdo de ninguno de mis pensamientos, estaba en el fondo de todas mis acciones, y á veces hasta á pesar mio.

Despues de haberos visto, despues de haberos amado, es cuando he sentido todo lo que pesaba el yugo de los beneficios de mi tío; es cuando he soñado con la libertad, con ser independiente: vuestra primer mirada hizo brotar en mi alma el orgullo, el valor y todas las pasiones nobles.

— Tanto mejor si teneis valor, porque indudablemente lo necesitaremos.

— ¡Oh! Fanny, amado por vos, nada conozco que pueda serme imposible: las dificultades que me espantaban á mi entrada en la vida, me parecen ahora triunfos medio conseguidos ya.

— Dios mio, dijo Fanny levantando sus hermosos ojos al cielo, perdonadme y socorredme.

— El cielo me protege, puesto que me ha hecho encontrar á Vd.

— Yo tambien me siento con algun mas valor: primero, ese matrimonio contra el cual hasta aquí no he tenido mas armas que las lágrimas, y aun esas á solas, no se verificará: sabré decir que *no* hasta el pié del altar.

— Y yo voy á volver á Lausana, me arrojaré á los piés de mi tío.

— ¡De vuestro tío!

— Sí, del mismo: prometió á mi padre cuando este murió...

— ¿Pero estais loco?

— ¡Loco! ¿Porqué?

— ¿Porqué? No sabeis, segun creo, que el hombre con quien me quieren casar es...

— ¡El!... ¡mi tío!

— El mismo.

— No me han dicho nada.

— Ya lo sabeis ahora.

— ¡Oh! ya comprendo porqué me aleja de Lausana.

— Y hé ahí tambien una de las causas que me interesaban por vos y que me hicieron amaros. Mi padre habia exigido de vuestro tío que me reconociese en el contrato ventajas que os quitaban mas de la mitad de la herencia. Hubiera sido para vos un objeto odioso, cuando lo que me haria feliz seria hacer vuestra felicidad, cuando no sé si para mí puede existir otra felicidad mas que la vuestra. Solo pensaba en obtener vuestra amistad, en haceros comprender cuán á pesar mio os perjudicaba y que no queria ser feliz á costa de vuestra desgracia.

— ¡Mi tío! murmuraba Milbert aterrado: ¿y qué hacernos ahora?

— Ya pensaremos en ello. En cuanto á mí os prometo que no me casaré con él, que me guardaré para vos. Es tarde y es preciso separarnos. En siendo de dia salid de la posada en que estais, y marchad á ocultaros en cualquiera de las casas del camino. Volvereis mañana á la noche á la misma hora. No necesito deciros que penseis en mí, ¿verdad? Pensad mas bien en nosotros, pensemos en lo que debemos hacer. Conocemos nuestro objeto, convengamos en el camino que debe conducirnos á él, y marchemos en seguida sin mirar atrás.

— Adios.

A la noche siguiente la señorita Gautherot y Eugenio Milbert agitaron y discutieron cien proyectos diferentes sin adoptar ninguno.

Solo habia una cosa sobre la cual no disputaron, antes convinieron en seguida, y era que se amaban, que no podian vivir el uno sin el otro, que era preciso que se casaran, y que nada les seria costoso para llegar á este fin.

— No me casaré con vuestro tío, decia Fanny: desde que me he confesado á mí misma y que os he dicho á vos que os amo, he encontrado las razones de esta repugnancia tan fuerte que me inspiraba este matrimonio, sin poder explicarme la causa.

Dicen que hay infelices mujeres que venden cuanto hay que vender por tener pan, y para ellas solo hay palabras de desprecio: pero ¿cómo se llamará ó designará á esas mujeres que se vendiesen, no por pan, sino por un plato mas en una mesa ya suntuosa; no por vestirse, sino por tener joyas y diamantes.

Milbert volvió al siguiente dia, y al otro y al otro: convirtióse esto en costumbre. Fanny solo decia: «Venid.» Y él contestaba: «Vendré;» pero ella abría todas las noches su ventana, y Milbert subia por ella y permanecía á su lado hablando de amor y formando proyectos, hasta que comenzaba á aparecer el crepúsculo de la mañana.

*Se continuará.)*

## Ferro-carriles de España.

INAUGURACION DE LA LINEA DE MADRID A ALICANTE.

Curiosa es por demás la historia de esta línea, que tiene su origen allá en 1829, época en que el celoso señor marqués viudo de Pontejos concibió el proyecto de enlazar á Madrid con el real sitio de Aranjuez. Abandonado entonces el pensamiento despues de hechos algunos estudios por obstáculos insuperables, la guerra civil vino á aplazar indefinidamente esta gran mejora de que comenzaba ya á disrutar toda la Europa.

Secundando el primitivo pensamiento, pero en mayor



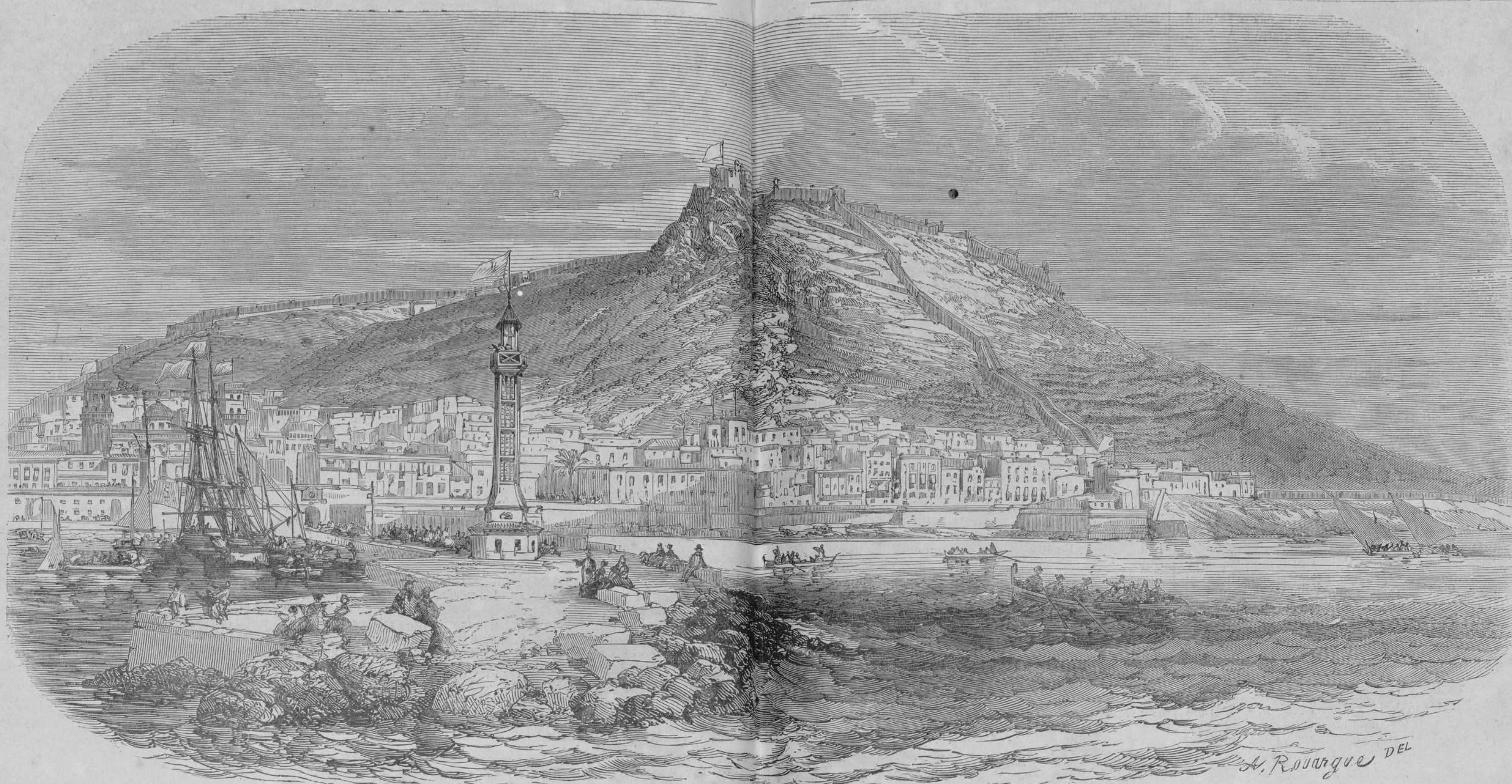
escala, pidió don Pedro Lara al gobierno la autorización para practicar los estudios de un camino de hierro que partiendo de Madrid terminase por Alicante en el Mediterráneo. El gobierno, en real orden de 20 de agosto de 1844 dispuso que la sociedad organizada por el señor Lara practicase los estudios convenientes, pero reservándose el derecho de la concesión para después de examinado y aprobado el proyecto. Habiendo caducado el privilegio concedido á dicha sociedad, obtuvo don José de Salamanca, al poco tiempo, en 6 de abril de 1845, la autorización antes otorgada á don Pedro de Lara, consiguiendo en breve plazo constituir una sociedad anónima, con el capital de 43.000.000 de reales, para la construcción del camino de Madrid á Aranjuez, cuyo usufructo le concedió el gobierno por 99 años.

Desde esta época desplegó el señor Salamanca su reconocida actividad, su celo infatigable, dedicándose á la realización de su atrevido pensamiento, auxiliado de la cooperación facultativa del distinguido ingeniero don Pedro Miranda. El 22 de noviembre del mismo año aprobó el gobierno los planos del proyecto, y el 4 de mayo de 1846 se inauguraron las obras por la sociedad anónima á quien el señor Salamanca cedió la concesión, autorizado competentemente en 21 de diciembre del año mencionado de 1845.

El ferrocarril de Madrid á Aranjuez se inauguró en 9 de febrero de 1834, quedando abierto desde aquella fecha á la pública circulación.

Al poco tiempo, y siempre bajo los auspicios del señor Salamanca, se presentaron al gobierno los estudios hechos para continuar la línea hasta Alicante, haciéndole proposiciones en dos épocas diferentes para construirla por cuenta del Estado, sin que fuera aceptada ninguna de ellas, ya sea porque el gobierno no quisiera dar la preferencia por entonces á un puerto determinado, ó bien por otras razones que no nos es dado analizar.

En vista de tales contrariedades, se formuló una tercera proposición para llevar el ferrocarril hasta Almansa; y tomada en consideración por el gobierno, se formaron comisiones de ingenieros para estudiar la línea de Aranjuez á Almansa, y de tres ramales que desde este punto terminasen en los puertos de Alicante, Valencia y Cartagena; pero anticipándose el señor Salamanca, terminó los estudios para la prolongación de la línea hasta Almansa, y sometió al gobierno la aprobación del proyecto que fué aceptado, concediéndosele la construcción del camino, aunque con sujeción á la subasta que debía verificarse. Cuando el gobierno, después de efectuar la referida subasta, dió su aprobación definitiva al contrato del señor Salamanca, ya se hallaban en curso los trabajos, que empezaron el 12 de marzo de 1852, continuando después con extraordinaria actividad.



INAUGURACION DEL FERRO-CARRIL DE MADRID A ALICANTE. — VISTA DE ALICANTE.

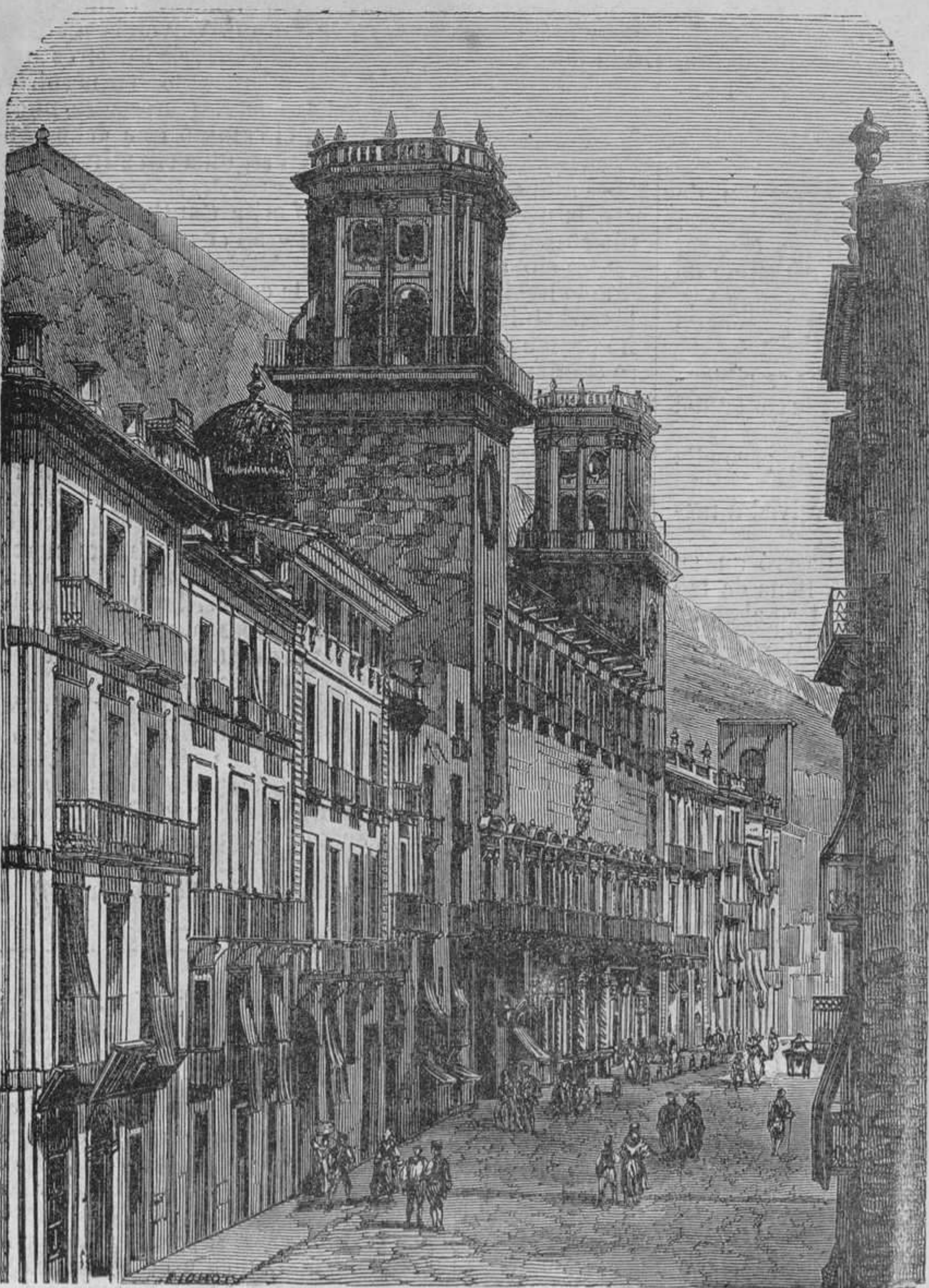
mansa, solo diremos que decidido, por último, el gobierno á dar su preferencia al puerto de Alicante como punto extremo del camino de hierro del Mediterráneo, concedió en 4 de setiembre de 1852 al marqués de Rio Florido la construcción de la sección antedicha; y autorizado este señor por ley de 9 de marzo de 1853, que reconocía al mismo tiempo la compañía del ferrocarril de Alicante á Almansa aprobando sus estatutos, cedió á esta la mencionada sección.

Por idénticas razones que las que motivaron la prórroga concedida por las Cortes constituyentes á la apertura de la sección de Albacete á Almansa, se concedieron otros diez meses, en 24 de junio de 1856, para la terminación de la de Alicante á Almansa, prórroga que después se hizo extensiva hasta enero del corriente año; en esta fecha pertenecía ya toda la línea de Madrid á Alicante á la Compañía de los ferro carriles de Madrid á Zaragoza y Alicante por transferencia del señor Salamanca, á quien en 5 de junio de 1856 cedió su concesión la Compañía del ferrocarril de Alicante á Almansa. Terminada esta última sección en diciembre de 1857, se recorrió el día 3 de enero de 1858, y en marzo del mismo año quedó abierta al público la circulación de la vía desde Madrid á Alicante, y unidos estos dos puntos por una línea férrea de 435 kilómetros de longitud, ó sea una extensión de 81,65 leguas españolas, que es la menor distancia que separa á la corte de un puerto de la península.

La inauguración de esta hermosa línea tuvo lugar en Alicante el 25 de mayo del modo mas solemne. La reina Isabel, acompañada de S. M. el rey y de la real familia, presidió tan bella ceremonia. Hé aquí cómo describe un testigo ocular el espectáculo grandioso y patético que ofreció Alicante en el momento solemne de llegar la reina y de bendecirse las locomotoras.

«¡Era la hora siempre grave y augusta que anuncia el crepúsculo! El mar estaba tranquilo, el cielo purísimo, ni una ola rizaba la superficie de aquel, ni una nube siquiera empañaba el limpio horizonte; el cielo y el mar eran espejo el uno del otro, los dos hermanos gemelos habían tendido por la inmensa extensión de sus dominios su magnífica colgadura de azul...»

«El vecino puerto semejaba un bosque de mástiles, todos los buques estaban empavesados, un poco mas lejos nuestras hermosas naves de guerra se gallardeaban coquetamente sobre las aguas... Todos los paseos, todas las calles y todos los alrededores estaban bellísimamente adornados; el viejo y sombrío centinela de Santa Bárbara había perdido su adustez aquel día, las fortalezas de la población ondeaban al viento la bandera nacional, todo estaba de fiesta. Una muchedumbre inmensa se agitaba alrededor de la estación que iba á ser dentro de algunos momentos el santuario en donde había de celebrarse una solemne ceremonia, y el sol pa-

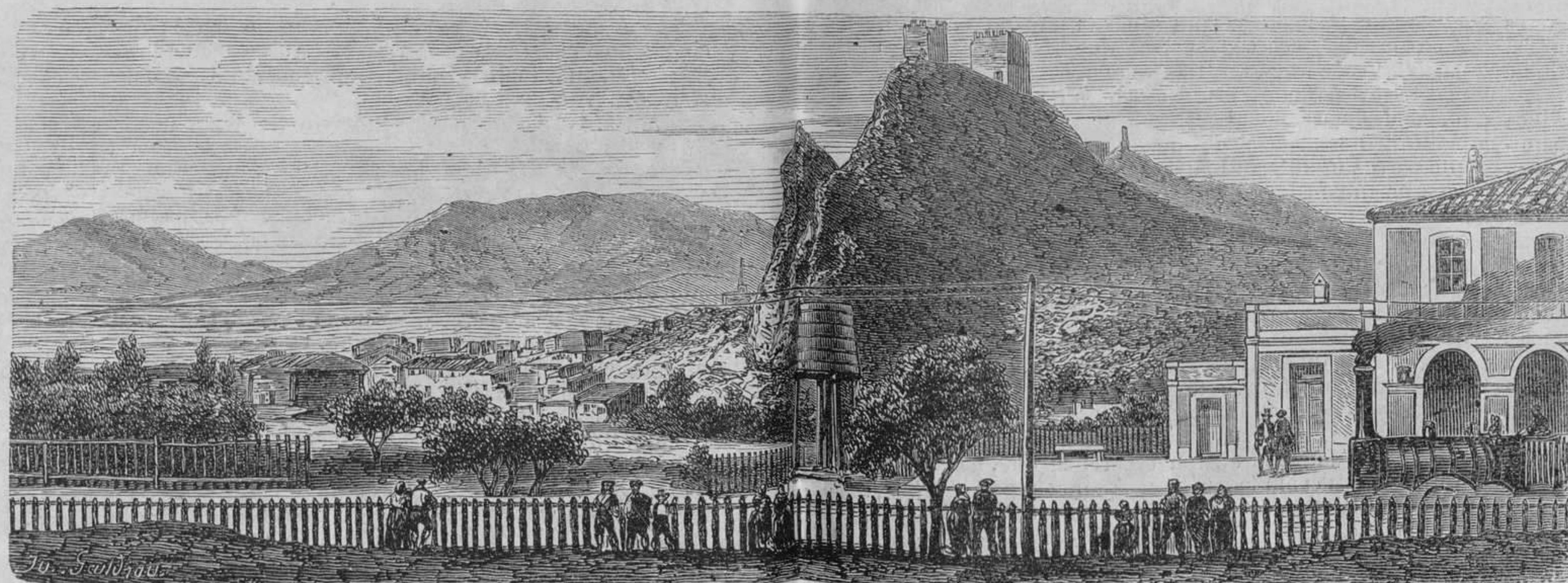


LA CASA DE AYUNTAMIENTO DE ALICANTE.

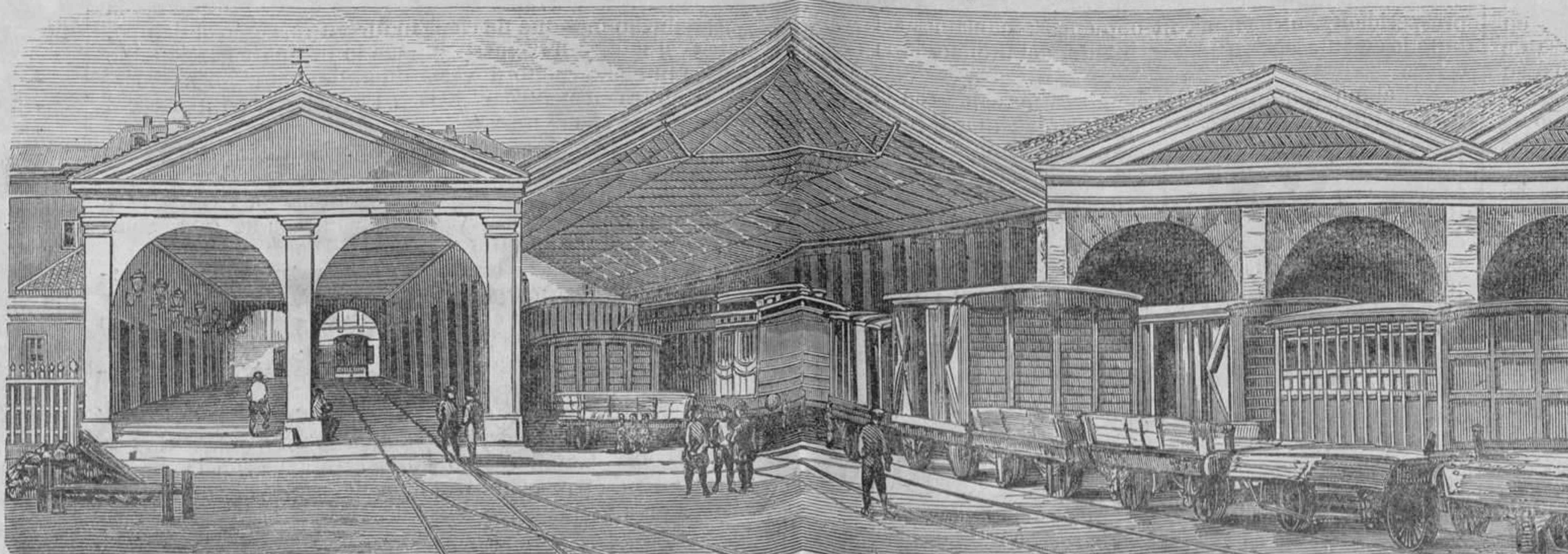
Cinco meses después, en 13 de agosto, compró el Estado la sección de Madrid á Aranjuez, cediendo luego su explotación por 5 años á don José de Salamanca por el precio anual de 1.500.000 reales.

Terminada la línea hasta Tembleque, y con la competente autorización fechada en 12 de setiembre de 1853, se abrió esta sección al público en 14 del mismo, y en la imposibilidad de explotarla el gobierno por su cuenta hasta que llegase la época fijada en la contrata para su entrega, concedió al señor Salamanca la explotación del trozo concluido, bajo una intervención facultativa y económica.

En 20 de junio del año siguiente, 1854, y autorizada por real orden de 17 del mismo, se verificó la apertura de la sección de Tembleque á Alcázar de San Juan, bajo las mismas condiciones establecidas para la de Aranjuez á Tembleque, hasta que la revolución del mismo año paralizó por algún tiempo los trabajos de explanación, movimiento de tierras y obras de fábricas en las seccio-



SAX, CUARTA ESTACION DESPUES DE ALICANTE.

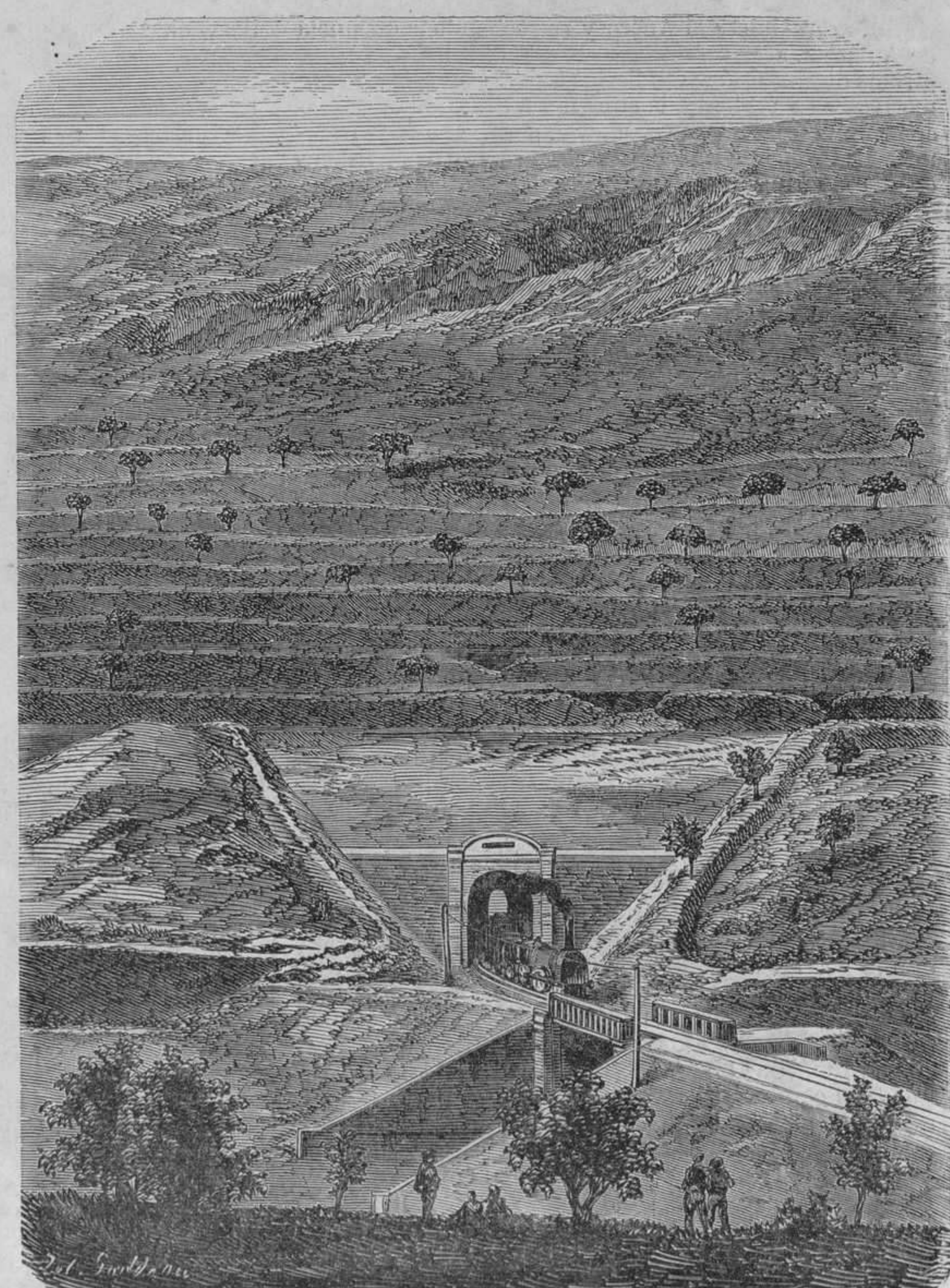


EL EMBARCADERO DE MADRID.

nes de Alcázar á Albacete y de Albacete á Almansa; pero la ley de 9 de marzo de 1853, dando mas seguridad á la empresa, declaró la subsistencia del camino de hierro que nos ocupa, incluyendo la sección de Madrid á Aranjuez, que según se ha visto era ya propiedad del Estado; en su consecuencia pudieron circular los trenes hasta Albacete desde el día 18 del referido mes de marzo de 1853.

Reconociendo las Cortes constituyentes las causas justísimas que motivaron el atraso de las obras, concedieron en 14 de marzo de 1856 una prórroga de diez meses para la apertura de la sección de Albacete á Almansa. En 25 de setiembre del mismo año autorizó el gobierno al señor Salamanca á ceder en favor de los señores conde de Morny, Chatelus, Rotschild hermanos, etc., comprometiendo el cedente á terminar por su cuenta las obras hasta el último punto de dicha línea, que se abrió al servicio público en noviembre de 1857.

Respecto á la sección de Alicante á Al-



SUBTERRANEO DE ELDA, TERCERA ESTACION DESPUES DE ALICANTE.



recia como que queria alumbrar aquella patética escena, y despedia sus rayos mas queridos, resistiéndose a sepultarse en los mares de Occidente...

» En ese instante solemne y grave el estampido del cañon anunció la llegada del tren real... Como la vibracion eléctrica, la alegría hizo palpitar los corazones, y respondiendo á ese latido de inmenso júbilo, un ¡viva la reina! resonó en los aires que repitieron millares de bocas...

» Poco despues tuvo lugar la ansiada ceremonia. La estacion era un altar, un trono y un inmenso salon á la vez: en aquel oficiaban los sacerdotes, en este se apiñaban infinidad de personas, y en el trono se ostentaba graciosa y elegante nuestra soberana.

» Tres locomotoras marchando paralelamente, como movidas las tres por el mismo espiritu, como obedeciendo á una misma inteligencia las tres, se adelantaron majestuosamente ante las gradas del altar y allí recibieron la bendicion del sacerdote. No podian tener tanta grandeza las magnificas solemnidades religiosas de la pagana Grecia... No podia darse un espectáculo mas bello, mas patético, mas conmovedor, mas religiosamente sublime.

» A aquel acto grandioso se asociaba la religion con sus bendiciones, la monarquía con la presencia de nuestra soberana, el pueblo con su entusiasmo y con sus aclamaciones... ¡Oh! bendigamos con toda nuestra alma á una religion, á una monarquía y á todo un pueblo que de ese modo honran y saludan los grandes progresos de la humanidad, las magnificas conquistas de la civilizacion! ¿Quién puede sostener que la religion y las monarquías y los pueblos deben vivir en sacrilego divorcio con la civilizacion, con el progreso y con la humanidad?

» Nosotros asistimos á aquel espectáculo sublime con verdadero recogimiento, con profunda emocion, porque veiamos renacer á nuestra nacion á una nueva vida, porque nos despojábamos ya para siempre de los groseros y estrechos vestidos del pasado, porque asistiamos á la santa comunión de nuestra sociedad con el porvenir, porque veiamos fecundados los dormidos gérmenes de nuestra riqueza, porque contemplábamos dilatados nuestros horizontes, porque veiamos á la inteligencia triunfante sobre la materia, á la actividad sobre el abandono, á la idea generosa de progreso sobre el espíritu estrecho de atraso, porque con la vision del porvenir, que nos aparecía clarísima á los ojos del alma, contemplábamos á todas nuestras provincias siguiendo el noble impulso de la de Alicante, á Galicia haciéndose el puerto de Madrid en el Atlántico, á la Extremadura estrechando intimamente los lazos de donaciones que la naturaleza ha hecho hermanas, á Zaragoza llegando á la frontera y salvando los Pirineos y confundiendo con Europa, á Cataluña llevando la actividad de su genio á toda nuestra península, á la risueña Andalucía entregando al tráfico la exuberancia de su fecundo seno y á la curiosidad insaciable de Europa las bellezas de su encantado territorio, á España, en fin, acercándose al Africa y estrechando la distancia de América.»

Nada diremos sobre las fiestas habidas en Alicante con motivo de esta solemnidad que tan poéticamente se describe en la relacion que copiamos, porque no nos lo permite el espacio de que disponemos; lo que sí haremos es una descripcion de la línea partiendo de Alicante.

La ciudad de Alicante, estrechada y defendida por antiguas murallas cuyas elegantes troneras se hallan huérfanas de sus cañones, se distingue para el viajero que llega por mar á través de un laberinto de palos y de cuerdas de los buques anclados en el puerto. Lo mas curioso que hay en Alicante es una inmensa roca negra y pelada que se alza detrás de la ciudad, y tiene en su cumbre una ciudadela apenas perceptible con la simple vista. Es el peñon y el castillo de Santa Bárbara. En la ciudad lo mas notable es la casa del Ayuntamiento, de que publicamos una vista.

Lleguemos pues al embarcadero situado provisionalmente fuera de la ciudad, mientras se prolonga el camino hasta el mar para que tome las mercancías junto á los buques.

A partir de Alicante la via sube por cuevas sucesivas, cruzando barrancos y cuevas pedregosas del aspecto mas pintoresco, hasta la llanura de la Mancha que comienza en Almansa. En Novelda, la segunda estacion despues de Alicante el viajero se encuentra rodeado de hermosas montañas: es la sierra del Cid. Mas allá se distingue un hermoso valle con huertas deliciosas y bonitas casas. Canales de riego, restos de la dominación árabe elevados sobre la tierra, dan movimiento y vida al paisaje.

De Novelda á Elda y Monovar, de Elda á Sax las rocas se acumulan, los valles y las crestas aumentan, las obras de arte son mas frecuentes. De Novelda á Monovar el camino encuentra dos grandes barrancos que atraviesa el uno por un viaducto de 100 metros, y el otro por un puente de un solo arco de 30 metros de abertura. Apenas se puede arrojar una ojeada sobre la hermosa llanura, la Huerta de Elda, cuando ya penetra el convoy bajo el tunel de Elda, que tiene 300 kilómetros de largo. Luego el camino sigue á lo largo de las cuevas que le conducen á Sax por pendientes de 16 milímetros por metro.

Cerca de la estacion de Sax se encuentra un peñon enorme, cuya presencia allí nada justifica, y que parece como caido del cielo; es lo que llaman, segun creo, una piedra errática.

De Sax á Villena el valle se ensancha, las montañas se abren, y permiten distinguir el conjunto de Villena,

pueblo dominado por las ruinas de su castillo tostadas por el sol. De Villena á Caudete las montañas se calman, el terreno se iguala, y poco á poco se llega á Almansa y á la llanura de la Mancha sin nada notable á los lados de la línea. Luego las montañas retroceden y forman una especie de círculo cuyo centro ocupa Almansa, en tanto que algo mas allá en la llanura se eleva el castillo ruinoso de Almansa, en un peñon como el de Sax. Saludemos esas piedras gloriosas, y detengámonos un instante con S. M. la reina Isabel y su real familia en ese campo donde en 1707 las armas de Felipe V y de Luis XIV afianzaron la dinastía que hoy rige los destinos del pueblo español.

En el sencillo monumento que recuerda tan grande hecho de armas, bajaron SS. MM. y recibieron la ofrenda que les hacia la ciudad de Almansa, consistente en la faja que ceñía el duque de Berwick, y que dejó á la imagen de Belen, patrona de la ciudad, en reconocimiento de su visible proteccion.

El gobernador civil de Albacete que, acompañado del alcalde de Almansa, estaba allí para recibir á S. M., le dirigió el siguiente discurso:

« Señora: Al honrar V. M. con su presencia estos sitios, teatro de una de las batallas mas memorables, acaso no estime V. M. inoportuna la referencia de algunas particularidades de la ciudad, que dió su nombre á tan célebre hecho de armas.

La tradicion refiere que fué fundada por los griegos con el nombre de Mek en el extremo setentrional del monte Almogron, hoy Mugron, donde aun se ven sus escombros, un camino cubierto y muchos algibes en la peña viva.

Levantada despues donde hoy se encuentra, cayó en poder de los moros, de cuyas manos la arrancaron las armas victoriosas del rey Don Jaime I de Aragon en 1255, asentando sus reales en este mismo sitio, que desde entonces se viene llamando el Real, y la poblacion trocó su nombre de Elmántica en Almansa.

Ajustadas paces entre Don Jaime el Conquistador y su yerno el infante Don Alonso, despues Don Alonso el Sabio, cedió aquel á su hija Doña Violante la poblacion y castillo de Almansa, con cuyo motivo el rey Don Alonso la dió los fueros y privilegios de Córdoba, Cuenca, Sevilla y Alicante, fueros y privilegios que los Reyes Católicos aumentaron por haberse mantenido fiel á su obediencia contra el marqués de Villena, á cuyo señorío pertenecia, y que habia seguido las banderas de Portugal.

En esta ocasion fué declarada villa real é incorporada perpétuamente á la corona de Castilla.

Muchas honras, muchas preeminencias ha debido Almansa á sus reyes desde los mas remotos tiempos. ¿Será que tuviesen el presentimiento de la influencia que estaba llamada á ejercer en una ocasion célebre y decisiva en los destinos de sus dinastías?

Efectivamente, el 25 de abril de 1707 y en la época de vuestro augusto antecesor el rey Don Felipe V, bajo el mando de sus tropas á las órdenes del general duque de Berwick se emprendió la batalla memorable en estos campos, en la cual se consiguió con fuerzas inferiores el triunfo de la casa de los Borbones, y con él la gloria de los españoles de tener á V. M. en el trono.

¡Día memorable para esta nacion, como lo justifica esta pirámide! en el que fueron derrotados los enemigos, perdiendo mas de 18,000 hombres, 800 caballos, dejando además en poder de los vencedores 120 banderas con todo el bagaje y artillería, y huyendo vergonzosamente al través de esos montes.

Es tradicion unánime en esta ciudad que cuando mas empeñada estaba la lucha entre los aliados y los españoles y franceses, y cuando despues de estar por mucho tiempo indecisa la victoria, parecia próxima á decidirse por aquellos, se presentó un hombre del pueblo, se vistió una esclavina, se ciñe una mitra y empuña una alabarda, despojos del enemigo en el campo de batalla, y al grito de ¡viva la Virgen de Belen! redobla el espanto en las filas enemigas, y la derrota desde aquel momento es completa.

Este es el hombre que conserva aquellas insignias con entusiasmo y como juro de heredad.

Resto es tambien de aquella jornada importantísima la faja del duque de Berwick que dejó á la Virgen de Belen en reconocimiento de su visible proteccion.

V. M. la tiene delante, y esta ciudad, siempre idólatra de sus reyes, siempre fiel y amante de V. M., en cuyo testimonio se agrupa á su alrededor ansiosa de verla, admirarla y colmarla de bendiciones como á su augusto esposo y régia estirpe, tiene á mucha dicha podersele ofrecer como glorioso recuerdo de un hecho de armas que afirmó la corona de ambos mundos en las sienas de los augustos progenitores de V. M.»

Sobre las gradas de la pirámide habia un hombre del pueblo vestido con una esclavina corta encarnada, una mitra y una alabarda, despojos todos de la memorable jornada cuya historia habia hecho el gobernador en su discurso.

SS. MM. se mostraron muy complacidas de visitar aquel campo á pesar del fuerte calor, y habiéndoles dicho el alcalde que el monumento era demasiado sencillo, lo cual es ciertísimo, contestó la reina estas notables palabras: *En aquellos tiempos los hechos eran grandes y los monumentos pequeños; ahora, por desgracia, se elevan grandes monumentos para sucesos insignificantes.*

La pirámide de Almansa tiene cuatro inscripciones, al Poniente, al Mediodía, al Oriente y al Norte. En la de Poniente, que es la mas circunstanciada, se lee lo siguiente:

« Para eterno reconocimiento al gran Dios de los ejér-

citios y su santísima Madre, de la insigne victoria que con su proteccion consiguieron en este sitio á 25 de abril de 1707 las armas del rey nuestro señor Don Felipe V el Animoso, auxiliado del señor rey cristianísimo Luis XIV el Grande, siendo general de todas el mariscal duque de Berwick, contra el ejército de rebeldes y sus aliados de cuatro grandes potencias, quedando enteramente derrotados, muertos en la campaña, heridos y prisioneros 16,000, apresada toda la artillería, tren y bagajes con un botin riquísimo.»

Las otras tres inscripciones son tambien alusivas al mismo objeto; dos están en versos españoles y latinos, recordando una de ellas que tambien en Almansa el rey Don Jaime, llamado el Conquistador, derrotó á los moros en 1255.

Continuemos nuestra descripcion.

En Almansa, cuya estacion se halla situada á 706 metros sobre el nivel del mar, se reúne el ramal que corre hácia el Norte, y que muy pronto pondrá en comunicacion á Valencia con la línea de Alicante A partir de Almansa el país cambia de aspecto; empiezan las interminables y áridas llanuras de la Mancha. El Villar, la segunda estacion despues de Almansa, es el punto mas elevado de la línea; se encuentra á 930 metros sobre el nivel del mar.

Hé aquí Chinchilla y Albacete donde se fabrican navajas en gran cantidad. Siguen Minaya, Villarobledo y Zancarra, cuyo rio se atraviesa sobre un puente, y donde desemboca el camino de Argamasilla, en cuya cárcel estuvo Cervantes.

Criptana se encuentra en un terreno ligeramente desigual, donde hay mas de treinta molinos de viento; llaman á ese lugar la Sierra de los Molinos. Siguen algunos pueblos insignificantes, y luego Tembleque donde desembocan los caminos de Andalucía.

Al partir de Tembleque se nota menos aridez; hay algunos arroyuelos que refrescan un poco el terreno y la atmósfera. En Huerta y sobre todo en Villasequilla se conoce ya la presencia del Tajo y la proximidad de Aranjuez. La topografía del terreno no cambia mucho de aspecto, pero la vegetacion se modifica sensiblemente, hay árboles y verdura. Por fin se atraviesa el Tajo por un puente, y el tren se detiene en un doble embarcadero: estamos en Aranjuez á 50 kilómetros de Madrid. De Aranjuez á Madrid las poblaciones que se encuentran, Cienpueuelos, Valdemoro, Pinto y Getafe, son aldeas insignificantes.

X.

### El gran mundo.

¿Qué es esto que llamamos *gran mundo*, aun para los mismos que mas le aman y parecen embriagados con sus placeres, y no pueden vivir sin él? No es sino una especie de servidumbre, durante la cual ninguno vive para sí mismo ni para ser feliz, sino para besar las cadenas que le ligan y para amar la propia esclavitud. Todos los dias acaecen sucesos que manifiestan á los partidarios de este gran tirano las mas violentas y las mas tristes pasiones, los mas crueles temores, las perplejidades mas odiosas, los celos mas terribles, el arrepentimiento mas cruel de que son víctimas. Ciertamente que parece una tierra maldita esta en que van los placeres acompañados de la amargura. Las diversiones cansan por su trivialidad; las conversaciones fatigan por las opiniones de los hombres; y la diversidad de ideas y sentimientos van llenos de disgustos, de contratiempos y de desagradables consecuencias. Los espectáculos que generalmente no encuentran en los espectadores mas que almas groseramente disolutas, incapaces de hallar interés mas que en los excesos violentos, vienen á sea para el mayor número una cosa enfadosa, reducida á demostrar el crimen que tanto conocen, y á tender lazos á la desgraciada inocencia. El gran mundo, en fin, es un sitio en donde la misma esperanza que, por lo comun se mira como la pasion mas dulce y amable, hac á todos los seres desgraciados, así como son miserables los que nada esperan; un lugar en donde todo lo que agrada no consigue agradar sino por un corto espacio de tiempo, y en donde el continuo malestar es el mas mas soportable que se encuentra. Y cuenta que no habiamos del mundo oscuro que ni conoce placeres, ni prosperidades, ni fortuna, ni opulencia; hablamos del mundo en su acepcion mas brillante, del mundo de la corte.

Y si él no conquistase los hombres mas que con la felicidad que ofrece al presente, en verdad que tendria pocos adoradores; porque desde luego se conoce que no podemos ser felices ni un dia: el poder de su seducción se refiere siempre al porvenir, pintándole lisonjero; nos tiene los brazos de la engañosa esperanza, ya que no es capaz de satisfacernos con su felicidad presente; sus falsas promesas nos llenan de impaciencia para dejarnos luego mas sedientos, y para mostrarnos mas al vivo el engaño en que nos ha dejado caer.

Todos los dias hablamos de la nada de las cosas humanas en el lenguaje de la verdad, y aun esto mismo no es otra cosa que una nueva vanidad y otro nuevo sueño; porque confesamos que el mundo es nada, siendo así que no vivimos mas que para el mundo. Somos sabios solamente en las palabras, pero insensatos en las obras; filósofos en nuestras conversaciones, y populacho en nuestra conducta; elocuentes para describir el mundo y torpes para amarle; doblamos la rodilla ante el ídolo de la multitud, y lo mismo que nos figuramos tener bajo de los piés, porque cuanto es grande á los ojos



del mundo es grande para nosotros, y lo que él llama felicidad es la felicidad á que nuestro corazón aspira, y la sola gloria que nos encanta y nos contenta.

Pasemos en silencio todos los peligros que nos rodean desde la cuna, porque si bien lo miramos, no hallaremos mas que peligros desde el nacimiento. Peligros hay en la juventud en la que se desenvuelven violentamente todas las pasiones; peligros en los puestos mas elevados que parecen familiarizarse con todo aquello que mas condena la severa verdad; peligros en los negocios públicos, para lo cual basta tomar en cuenta las pasiones de los grandes, y la miseria de los pueblos, y examinar las máximas de la religión y de la fortuna, y la diferencia de ellas; peligros en el uso de las riquezas, porque tenemos que huir de la profusión que nos inspira la vanidad, y del orgullo que produce la avaricia; peligros en los ejemplos, porque el vicio trata de cubrir su fealdad con la autoridad y la categoría de los que le practican, y siempre estamos dispuestos á encontrar en las debilidades de los otros una excusa para las nuestras; peligros en las diversiones, porque no sabemos encontrarlas mas que en las cosas mas peligrosas; peligros en las amistades que atacan diariamente la inocencia; peligros en la sociedad, porque nunca estamos dispuestos á tolerar á los que mas figuran y obtienen la preferencia; y así como los intereses están divididos, no tardan en estarlo tambien los corazones; peligros en el matrimonio, porque su perpetuidad disminuye la ternura muchas veces, y es muy raro que la conformidad de sentimientos ratifique ese lazo que forma casi siempre el interés, por lo cual esta sagrada sociedad llega á ser á menudo un atentado doméstico; y cuando el deber llega á ser un yugo, el corazón trata de procurarse nuevas cadenas; peligros en el estado de libertinaje, porque las pasiones que no tienen freno se desbordan y se alejan cada vez mas de un lazo sagrado para adoptar una esclavitud mucho peor; peligros en la probidad mundana, porque cuando nos persuadimos de que el mundo nos estima, creemos haber obrado en todo conformes con los designios del Omnipotente, confundiendo con la virtud la reputación de virtuosos. Creemos poseer las virtudes del Evangelio por no haber incurrido en los vicios que el mundo condena; peligros en fin, en la piedad misma, porque como es tan rara en el mundo, las alabanzas que la tributan vienen á concluir con la humildad que la produce.

Hé aquí lo que es el gran mundo, en el cual, huyendo de un peligro es muy fácil incurrir en otro. Si el mal ejemplo no puede hacernos delinquir, nos seduce la amistad; si el interés no nos seduce, lo logra el deseo de la gloria y de la reputación; si logramos evitar los grandes excesos, las pasiones dulces y mas peligrosas no nos encuentran insensibles; si la natural inclinación nos separa del desorden, nos vence el placer; si no somos ambiciosos para nosotros mismos, lo somos para nuestros hijos; si no buscamos las ocasiones peligrosas, no sabemos salir triunfantes de ellas.

Si estudiamos esas almas que han envejecido en la vida mundana, y á las cuales solamente la edad ha retirado de los placeres, veremos que el afán por el mundo no muere sino con ellas; existen bajo un diferente aspecto las mismas ideas; los mismos pensamientos, el mismo afán por los placeres: allí hay todavía un corazón joven dentro de un cuerpo envejecido. Ven con gusto las diversiones de sus primeros años; hacen revivir por medio de la imaginación todo lo que la edad y el tiempo habian consumido; miran con envidia las flores de la juventud, la alegría y los encantos que proporcionan; se pretende alejar cuanto hay de severo y de terrible en la última época de la vida, y se buscan pretextos para poder participar de los placeres sin descontentar la opinión pública; en una palabra, á medida que el tiempo huye de nosotros, corremos tras él con mas entusiasmo que nunca; y en lugar de haber conocido sus engaños lisonjeros, la mayor edad no ha hecho otra cosa generalmente que hacerle mas necesario.

Y eso que nada hay constante en este mundo, ni las fortunas mas florecientes, ni las amistades mas íntimas, ni las reputaciones mas brillantes, ni los favores mas envidiados. Parece que existe un poder que dispone á su arbitrio de los hombres, elevando á los unos sobre las ruinas de los otros, degradando á los que habian obtenido alta posición; como para demostrar que la adoración mundana dura solo un momento, pues que todos los días produce nuevos héroes, como los personajes del teatro, eclipsando á los unos para que brillen los otros, y proporcionando así continuas y costosas escenas al universo. Los hombres pasan toda su vida en medio de la agitación, haciendo proyectos y meditando empresas, cuidando de no sorprenderse, ó evitando el ser sorprendidos: siempre hábiles para aprovecharse del retiro, de la desgracia ó de la muerte de sus rivales, convirtiendo estos sucesos, que solo son grandes lecciones y nos enseñan el desprecio del mundo, en nuevos motivos de impaciencia y de ambición. Siempre estamos llenos de temores y de esperanzas, inquietos entre lo presente y el porvenir, deseando el reposo y alejándonos siempre de él.

A los ojos imparciales del hombre, el mundo considerado en sí mismo, es demasiado triste y lleno de disgustos para que sea capaz de agradarnos y de seducirnos; era preciso que nosotros le añádiésemos lo que no tiene, y que con nuestras ficciones aumentásemos la serie de sus recursos, de lo cual viene á resultar que, este mundo que tanto amamos y que nos arrastra tras de sí, no existe en ninguna parte; no es mas que una quimera; no es mas que una divinidad imaginaria; no es mas que el conjunto de nuestros deseos y esperanzas,

á las cuales lo sacrificamos todo, y forman nuestros placeres y nuestras pasiones mas violentas.

¿Y que recurso le queda al hombre despues de haber sacrificado al mundo su reposo, su conciencia, sus bienes, su juventud y su salud misma? ¿despues de haber devorado tantos trabajos, fatigas y triviales esperanzas? ¿despues de haber sido olvidado por la fortuna, y de presenciar cómo se le arrebatan de las manos las dignidades y cargos que le pertenecian? ¿despues de haberse visto obligado á humillarse delante de rivales indignos pero mas dichosos, y que deberian en todo caso recibir sus órdenes? ¿Irá lejos del mundo para vengarse de estas injusticias manifiestas? ¿qué lograria con su retirada sino hacer mas dolorosas sus heridas? ¿Se consolará con el ejemplo de sus semejantes? mas para esto es preciso tener presente que nuestros males jamás han sido males de otro, ni aun parecidos; ¿ni qué consuelo es el añadir penas á penas y dolores á dolores? ¿Recurriremos á una vana filosofía y á la energía del espíritu? pero es menester no olvidar que la razon humana por sí sola pronto cae en poder del orgullo. Somos filósofos para los demás, y nada mas que hombres para nosotros mismos. ¿Será un recurso entregarse á los placeres y á la voluptuosidad mas degradante? ¡Ah! el corazón cambiando de pasiones no hace mas que cambiar de suplicio. ¿Buscaremos en la indolencia lo que no pudimos conseguir entre la confusión y el tumulto de los deseos? Una conciencia criminal puede llegar á ser tan desgraciada que se haga indiferente, pero no llegará á conseguir la tranquilidad. Podemos hacernos insensibles con las desgracias, pero siempre conocemos nuestras infidelidades y nuestros crímenes.

El mundo es mas seductor por las ilusiones que promete que no por la realidad que nos concede: ninguno de los seducidos y engañados por él está contento con su suerte; y si la esperanza de una posición mas dichosa que la que obtenemos no suavizase nuestras presentes penas, y no nos ligase con cadenas nuevas á este mundo engañador, bastarian para que le reconociésemos como tal las amarguras y disgustos que en él se encuentran. Porque cada uno de nosotros es el mas ingenioso para dejarse seducir por la amargura de la condición presente. Muy lejos de deducir que el mundo no nos ha de hacer afortunados, y que es preciso buscar en otra parte la felicidad á que aspiramos, y que el mundo mismo no nos puede dar, siempre nos prometemos alcanzar lo que deseamos y nos falta. Calmamos nuestros presentes enojos con la esperanza de un porvenir quimérico, y por una ilusión perpétua y deplorable inutilizamos la sabiduría de los castigos que la Providencia reparte sobre nuestras pasiones injustas, para llamarnos hácia sí; creemos en esperanzas que los sucesos desmienten continuamente, pero con las cuales no nos libertamos de la ocasión de caer en otros nuevos desiertos.

Reemplazamos por el error de nuestra imaginación lo que falta á nuestros deseos; no gozamos jamás, y esperamos siempre. Es decir que no es el mundo presente lo que amamos aquí, porque en él no somos bastante dichosos; es el mundo fabuloso: el que nos procuramos no es un bien positivo, sino una vana imagen, detrás de la cual corremos siempre sin poder jamás alcanzarla, es un vértigo, es un sueño, un país imaginario que no se ve sino de lejos, y que se desvanece y se aleja mas todavía cuando creemos divisarle y alcanzarle.

La vanidad, la ambición, la venganza, el lujo, la voluptuosidad, el deseo insaciable de acumular riquezas, he aquí las virtudes que el mundo conoce y estima; he aquí el término á que conduce á todos sus partidarios. El camino recto se atribuye á candidez y falta de experiencia; ser disimulado y doble en el modo de pensar es un mérito que honra. La sociedad está ya completamente falta de sinceridad; la palabra no es ya intérprete del corazón, sino un tupido velo que le cubre y que le oculta. Las diversiones no son mas que engaños afectados, cubiertos con el aparato de la amistad y de la cultura. La envidia se lleva la adulación y la alabanza, y el corazón lleva dentro de sí los celos y el desprecio de aquel á quien se alaba. Muy lejos de mirarnos todos como hijos de una misma familia, cuyos intereses deben ser comunes, parece que todos los hombres no se han unido en sociedad mas que para engañarse mutuamente. El mas vil interés arma al hermano contra el hermano, al amigo contra el amigo, rompiendo todos los lazos de la sangre y del cariño; tan pequeño motivo es el que decide de nuestro amor ó de nuestro desprecio. Las desgracias del prójimo no encuentran mas que la indiferencia en los corazones, aun cuando se le pueda favorecer sin perder nada, y aun cuando se gane socorriéndole.

Si conociésemos bien á fondo este mundo en que vivimos, si pudiésemos entrar en los detalles secretos de sus males y negras inquietudes; si pudiésemos arrancar esta primera corteza exterior que no ofrece á los ojos mas que alegría y placeres, fausto y magnificencia; ¿qué no encontraríamos despues! ¡oh! ¡y qué diferente le juzgaríamos de lo que parece! No veríamos mas que desgraciados. El padre separado del hijo, y el esposo de la esposa; el secreto de las familias á los ojos del público, causando antipatías, celos, murmuraciones y disensiones continuas. Las amistades trastornadas por la inquietud, el interés y el capricho; las relaciones mas estrechas resfriadas por la inconstancia. Las fortunas mas brillantes pierden su atractivo por la esclavitud que exigen; las posiciones mas elevadas no llevan consigo mas que el sentimiento de no poder subir mas alto: todos lloran su suerte, y los mas encumbrados no son los mas felices; aparecen, sí, sobre el resto de los

hombres por el homenaje que se les tributa, por el resplandor que les rodea, por los favores que dispensan, y por las constantes adulaciones que siempre acompañan al poder y á la prosperidad; pero por la saciedad de los placeres, efecto de la grandeza de sus deseos, por la bajeza que emplea para mantener su posición, y por los disgustos que sufren son mas humildes que el pueblo, y mas desgraciados que él.

R. B.

### Violinistas mas célebres de Europa.

La *Gaceta musical* de Colonia ha publicado la siguiente lista, colocando á los que aparecen en ella en el orden que mejor le ha parecido al que ha hecho la clasificación de todas esas celebridades, entre las que hay algunas que, en realidad, no lo son, ó cuya fama no ha llegado todavía hasta nosotros. En cambio, están todos los que tienen bien ganada su celebridad como Vieuxtemps, que el articulista alemán coloca el primero y es efectivamente el mas notable entre los que figuran en *activo servicio*, pues hay otros que teniendo tanto ó mas mérito, como Beriot, viven retirados y son los *veteranos* de la profesion.

Tambien observará el lector que algunos nombres que estamos acostumbrados á oír citar entre los de mas nota, los pone la *Gaceta musical* de Colonia en puesto inferior á otros que cita con preferencia.

Hé aquí el orden seguido por el periódico alemán.

#### VIOLINISTAS DE PRIMERA CLASE (primera série).

Enrique Vieuxtemps, nacido en 1820 en Verviers (Bélgica): reside habitualmente en Francfort del Mein.

Enrique Wienawski, nacido en 1832, en Lublin, (Polonia): viaja siempre.

Camilo Sivori, nacido en 1817 en Génova: reside generalmente en París, pero hace frecuentes viajes.

Enrique W. Ernest, nacido en 1814, en Briinn (confederación alemana): habita en Lóndres desde 1854.

J. Jvachin, nacido en 1831, en Presburgo (Hungría): director de los conciertos del rey de Hannover.

Antonio Bazzini, nacido en 1818 en Brescia (Italia): no tiene residencia fija.

Apolinario de Konski, nacido en 1820 en Varsovia: violin *solista* de la capilla imperial de San Petersburgo.

Ed. Mollenhauser, nacido en 1827, en Erfurt, (Alemania): habita en Nueva-York desde 1854.

#### VIOLINISTAS DE PRIMERA CLASE (segunda série.)

Juan Bott, nacido en 1826, en Cassel (ducado de Alemania): maestro de capilla de la corte de Meiningen desde 1857.

Teresa Milanollo, nacida en 1833, en Milan; casada en 1857 con el capitán Parmentier, del ejército francés, reside actualmente en París.

Enrique Leonard, nacido en 1819 en Bruselas: profesor en el Conservatorio de música de aquella capital.

D. Alard, nacido en 1822, en Bayona; profesor en el conservatorio de París.

Miguel Hauser, nacido en 1820 en Pesth (Hungría): viaja continuamente.

Próspero Sainton, nacido en 1813 en Bélgica: habita en Lóndres desde 1830.

Teodoro Haumann, nacido en 1813 en Bruselas, donde reside.

F. Laul, nacido en 1830 en Bohemia: director de orquesta de la ópera del teatro Real de Berlin, desde 1856.

Eduardo Singer, nacido en 1830 en Hungría: director de los conciertos de la corte del gran ducado de Weimar.

Pablo Jullien, nacido en 1841 en Brest (Francia): recorre la América desde 1853.

Fernando David, nacido en 1810 en Hamburgo (Holanda): profesor del Conservatorio de Leipzig (Sajonia) desde hace doce años.

José Hellmesberger, el menor, nacido en 1828 en Viena: profesor del Conservatorio de aquella capital.

Cárls Müller, nacido en 1797 en Brunswick (ducado de): director de los conciertos y de la capilla del gran duque.

Eduardo Remenyi, nacido en 1830 en Pesth (Hungría): director de los conciertos de la reina de Inglaterra, desde 1854.

Cárls Dancla, nacido en 1815 en París: profesor del Conservatorio de la misma capital.

Francisco Schubert, nacido en 1808 en Dresde: director de orquesta del teatro de la Ópera de la corte de Sajonia.

#### VETERANOS Y COMPOSITORES DE PRIMER ORDEN.

Luis Sphor, nacido en 1784 en Brunswick: maestro de capilla de la corte de Cassel.

Cárls Lipinski, nacido en 1790 en Polonia: reside en Dresde (Sajonia) desde 1838, y dirige la orquesta de la Ópera real.

Cárls de Beriot, nacido en 1802 en Louvain (Bélgica): reside en Bruselas en cuyo Conservatorio ha practicado la enseñanza.

Los tres mas grandes violinistas del dia son: Enrique Vieuxtemps, cuya habilidad reúne todos los requisitos de un artista de primer orden.

Enrique Wienawski, que raya muy alto como ejecutante, aunque no tiene la perfección de Vieuxtemps.

C. Sivori, que posee en pequeño las mejores dotes de todas las escuelas.

Esto dice la *Gaceta musical* de Colonia con cuyo parecer no están conformes quizá muchos de nuestros lectores.



**Los presidiarios en Francia.**

En la serie de artículos que comenzamos hoy nos proponemos dar á conocer, ó mejor dicho, *mostrar á la vista* lo que son los presidios en Francia, y bajo este concepto nos limitaremos sencillamente á estampar aquí una corta explicacion de los dibujos que acompañan á nuestro texto.

La creacion de los presidios no es nada nueva.

Las *galeras* que datan de un tiempo remoto, quedaron suprimidas, cuando por causa de los notables cambios introducidos por el progreso en las diferentes instituciones marítimas de la Europa, se concibió el pensamiento de emplear en las obras de los puertos á los criminales condenados á cadena.

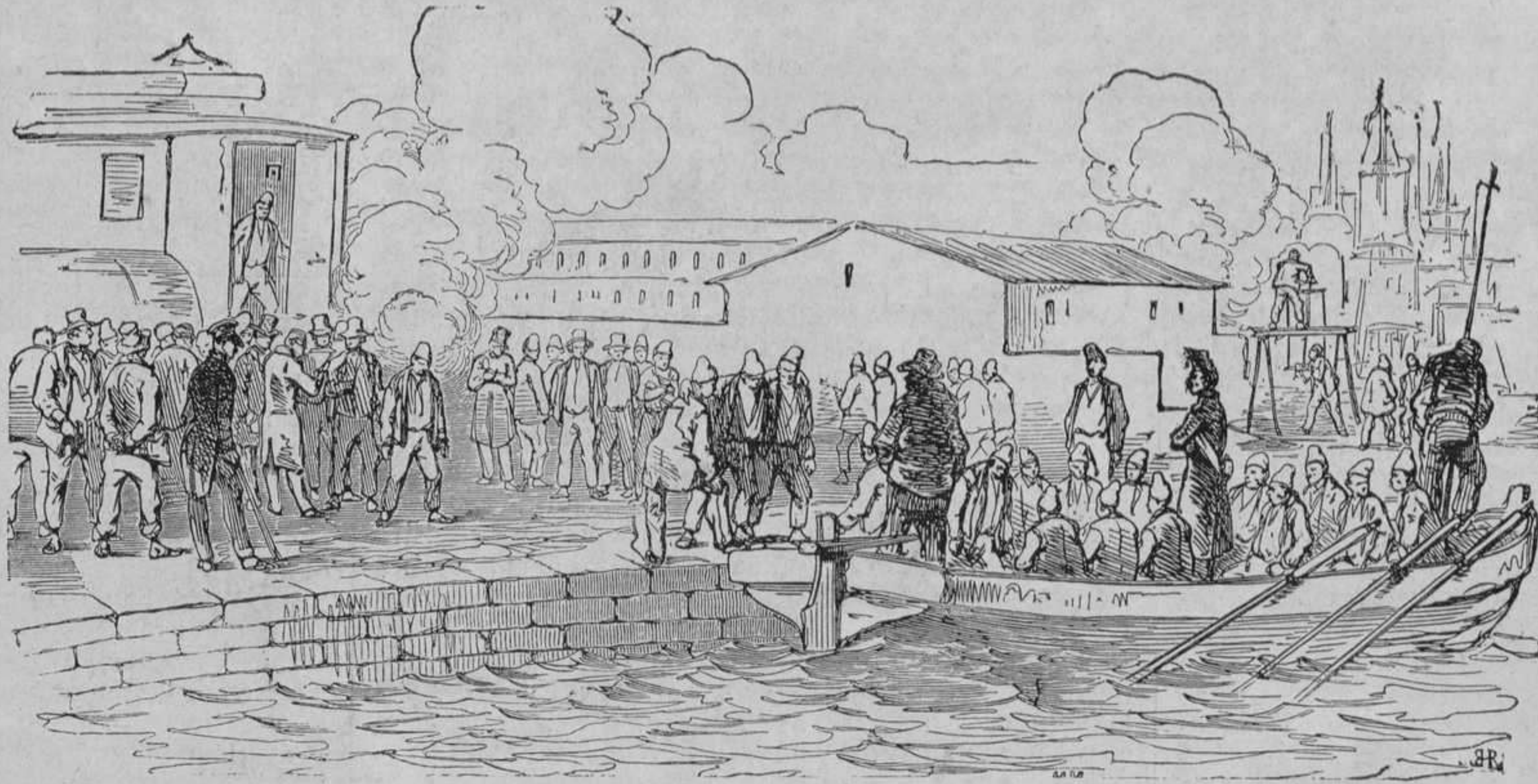
Desde entonces ya no se trató de destinarlos á remar como antiguamente, sino que les hicieron trabajar en el armamento y el desarme, en las nuevas construcciones, en las obras hidráulicas, las excavaciones, y por último en todas las tareas de fuerza, en todas las maniobras y operaciones de los talleres, astilleros y almacenes de los puertos.

Para esto necesariamente hubo que construir grandes establecimientos á fin de alojar á los condenados con todas las precauciones convenientes.

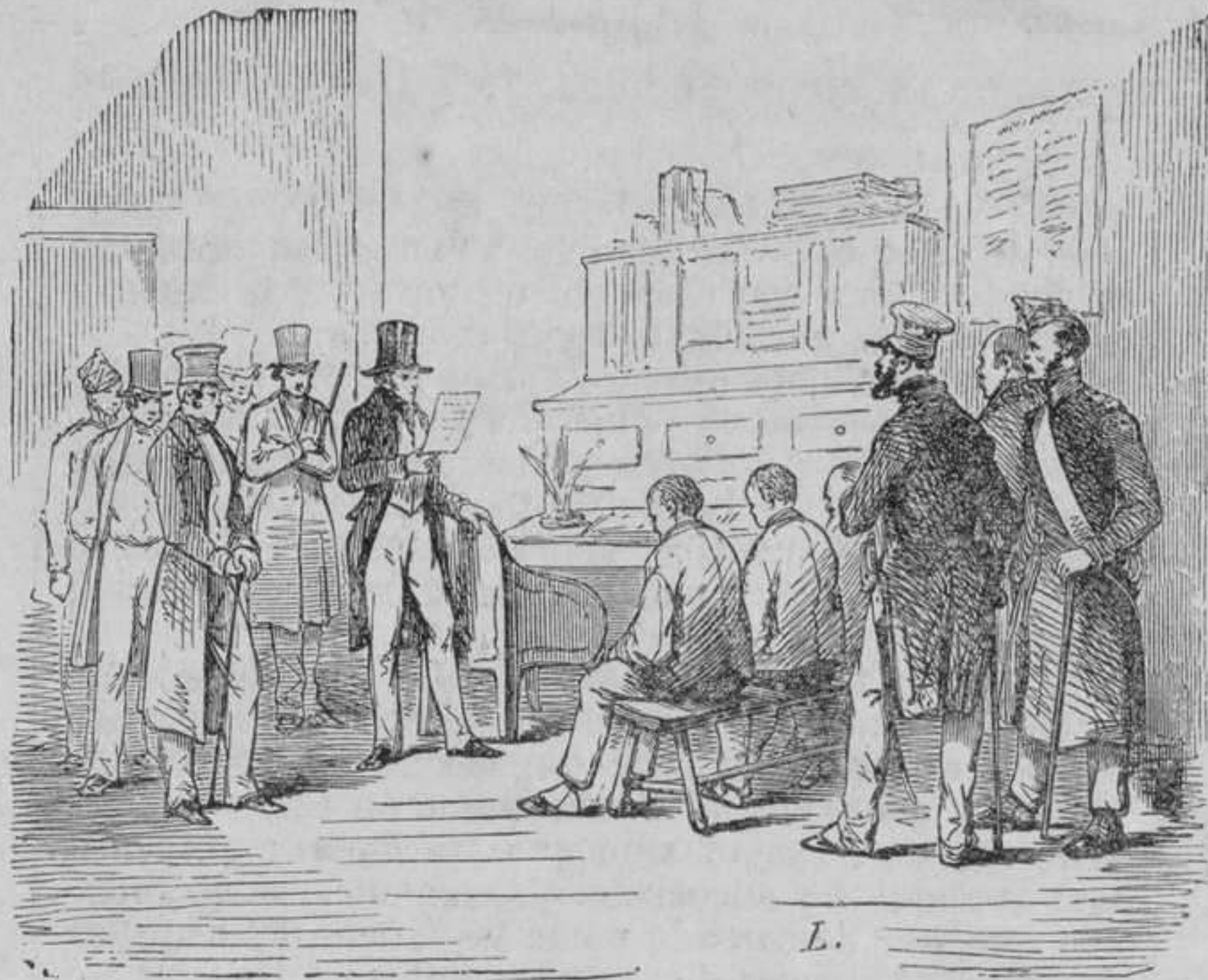
Así se crearon en Francia los presidios por real cédula de Luis XV en 1748.

Al punto se dictaron las medidas mas severas y minuciosas para la instalacion de estas prisiones excepcionales; y despues los administradores distinguidos, que sin interrupcion se sucedieron á la cabeza de los puertos, aplicaron sin cesar su atencion á la mejora de los presidios.

Se cuentan en Francia cuatro presidios, tres civiles que son los de Tolon, Brest y Rochefort,



LLEGADA DE LOS CONDENADOS AL PRESIDIO.



FILIACION DE LOS PRESIDARIOS.

marítimas, civiles, militares y judiciales del imperio; en fin, de los innumerables detalles que se pueden imaginar, puesto que se trata de la aglomeracion de tres á cuatro mil condenados en la misma casa.

Esta administracion se halla confiada á un comisario de marina que toma el título de jefe del servicio de los *chiourmes*.

Un empleado principal con el título de agente contador se halla encargado de la inmensa contabilidad del establecimiento, con la ayuda de dos ó tres subalternos tambien del cuerpo de marina.

Los auxiliares de estos agentes superiores son nombrados ayudantes ó sub-ayudantes de los *chiourmes*. Dividense en tres clases, y á pesar de las dificultades y los peligros de sus funciones, tienen un mínimo sueldo que varia de mil á mil quinientos francos anuales.

En fin, cada presidio tiene una guardia militar mas ó menos crecida, compuesta de *guardias chiourmes*, dividida en pelotones y mandada por sargentos mayores, sargentos y cabos.

Terminadas estas noticias preliminares lleguemos al presidio con un condenado.

Juzgado por un tribunal de assises de un departamento cualquiera, el desgraciado que baja



BAÑO DE LOS PRESIDARIOS.

y uno militar, el de Lorient. Los tres presidios civiles contienen regularmente de siete á ocho mil presidiarios condenados á trabajos forzados por cierto tiempo ó por toda la vida.

Una administracion poco numerosa está encargada del cuidado difícil é importante de contener á los condenados, de dirigirlos y de guardarlos; de atender á su manutencion y equipo, de pagar los cortos salarios que les conceden por los trabajos mas penosos, de castigar las faltas y recompensar la buena conducta, de oír sus reclamaciones, de corresponder con sus familias, de llevar las cuentas de un servicio tan minucioso como complicado, de mantener relaciones incesantes con todas las autoridades,



OPERACION DE CORTAR EL PELO Á LOS PRESIDARIOS.

del coche celular, ha permanecido muchos días y muchas noches en un espacio reducido donde no le era posible ningun movimiento, y donde apenas respiraba la cantidad de aire que necesitan los pulmones.

Sus ojos se cierran á pesar suyo deslumbrados por la luz del día; sus pies están hinchados, y todos sus miembros tan doloridos que es preciso llevarle ó sostenerle hasta la chalupa que le espera en el puerto.

Los que van á ser sus compañeros le hacen este servicio. El jefe de los *chiourmes* asiste casi siempre en persona á la llegada del coche celular y á la recepcion de los condenados.

Una vez ocupada, la chalupa se dirige hácia el establecimiento.

Reman presidiarios, pero el timon está confiado á un piloto libre, y hay guardias *chiourmes* que permanecen de pié entre los condenados.

La chalupa se desliza rápidamente por las olas, y en breve los condenados penetran en ese encierro temible del que muchos no deben salir nunca. ¡Momento horroroso! Heridos en su honor, en su fortuna, en su libertad, en su estado civil, dicen un adiós eterno á esa vida del mundo que ahora se ha concluido para ellos... ¿Es un remordimiento ó es la desesperacion lo que les causa esa emocion que la mayor parte de ellos en vano tratan de disimular?

Apenas entran en el presidio los llevan al despacho del señor comisario de la marina; les mandan sentar en un banco, y ese empleado superior, asistido por los subalternos, procede al exámen de sus papeles, se asegura de su identidad y apunta sus nombres en los registros del presidio. En adelante ya ni siquiera tendrán nombre; el número de su inscripcion



VISITA DE LOS PRESIDARIOS.

servirá únicamente para hacer constar su individualidad.

Al salir del despacho del comisario son conducidos á la sala de baño. Allí los lavan en una cuba de madera; unos presidiarios los frotan con una esponja gruesa, y otros vacian y llenan incesantemente la cuba de agua salada. Ayudantes y guardias *chiourmes* presiden siempre á esta operacion que no dura mas que algunos minutos.

Cuando el hombre está limpio, pasa de la cuba á un cuarto contiguo, donde el médico agregado especialmente al presidio (un cirujano de marina de primera clase) le examina con cuidado de piés á cabeza.

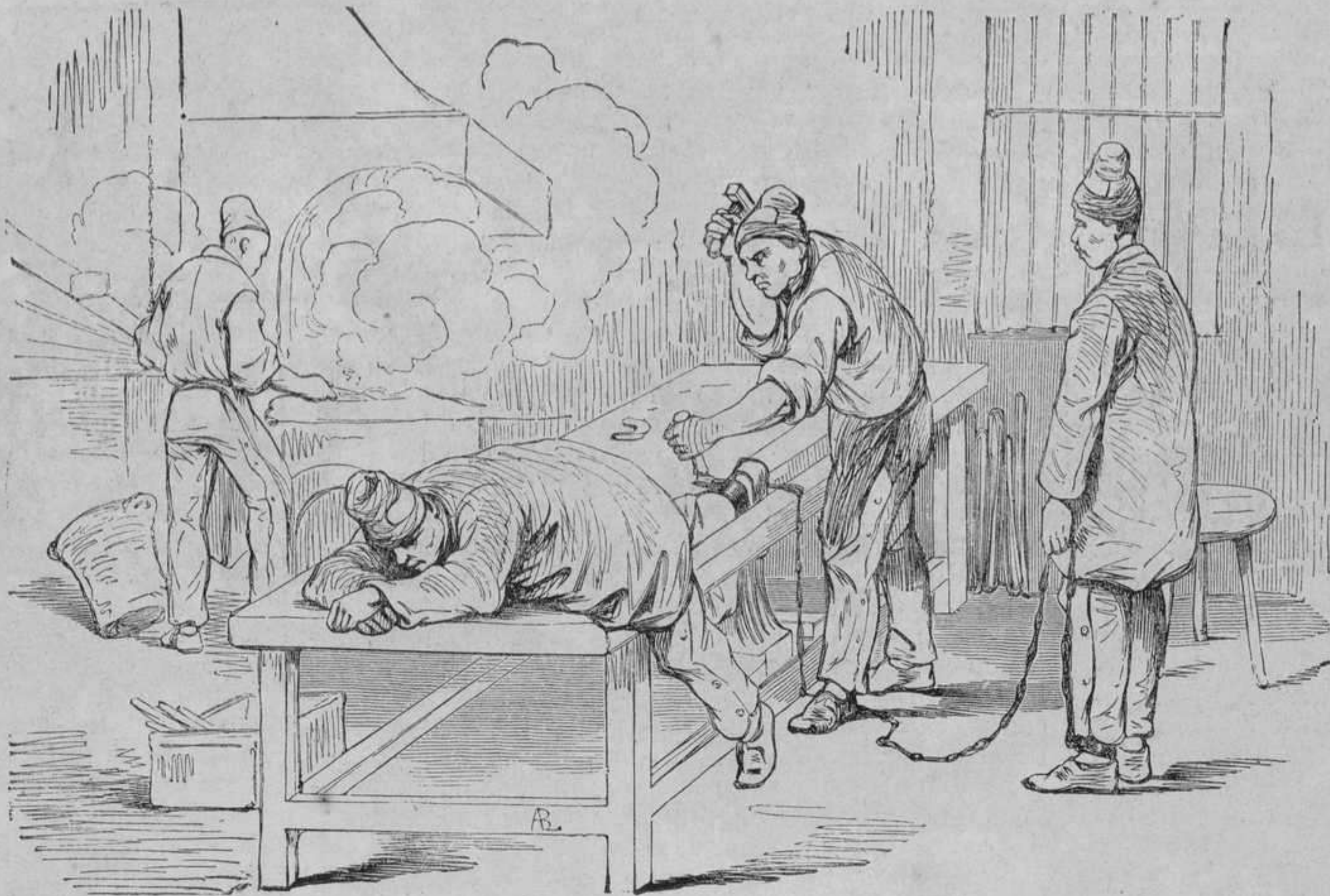
Al lado del doctor está en pié un presidiario que tiene



en una mano una tablilla cubierta con un pliego de papel y en la otra un lapiz. Es el secretario del doctor encargado de escribir todas sus observaciones. Los enfermos son enviados inmediatamente al hospital donde reciben todos los cuidados que reclama su estado.

Terminada la visita del doctor, los presidiarios aceptados como válidos y en buena salud reciben sus efectos de equipo que se componen de los objetos siguientes:

- 1º Un solo chaqueton encarnado;
- 2º Un solo pantalon de paño amarillo en el invierno, y de lienzo en el verano;
- 3º Dos camisas de grueso lienzo crudo;
- 4º Un par de zapatos llenos de clavos;
- 5º Un gorro encarnado ó verde de lana; verde para los condenados por toda la vida, y encarnado para los otros. En cada gorro hay una placa donde está grabado el número de



OPERACION DE PONER EL GRILLETE A LOS PRESIDARIOS.

La necesidad de mantener un orden perfecto, la ventaja de desviar á los condenados de las malas ideas ó de los proyectos funestos que podrían formar durante las horas de inaccion que preceden á las del silencio y el reposo; esos motivos y otros mas que seria inutil añadir aquí, han hecho que en todo tiempo se conceda á los presidiarios la facultad de consagrarse á pequeños trabajos de industrias en esos instantes desocupados.

En cuanto entran en la sala y así que se han colocado en los bancos ponen manos á la obra; los unos granan cocos y cajas de tabaco; otros leen, escriben ó copian música; otros redactan cartas ó memorias para sus compañeros que no saben hacerlo ó para sí mismos, y «esas ocupaciones variadas y numerosas producen los mejores resultados, dice M. V. Gleizes, director del presidio de Brest, en su obra interesante sobre los presidios de Francia. En primer lugar los

pero por la tarde los encierran en esas tristes salas. Cuando llega la noche los encadenan en un camastro de madera unos con otros por medio de unas varillas de hierro y se quedan sin poder moverse.

Pero aun se toma otra precaucion para que sean mas dificiles las evasiones; ponen grillos á todos los presidiarios y los reunen de dos en dos por una cadena que tendrá un metro de larga. El dibujo que representa esta operacion no necesita explicacion ninguna; solo diremos que son tambien presidiarios los que ponen el grillete.

No reunen así á los presidiarios el dia de su llegada. Se contentan con ponerles un anillo en el pié y los conducen á la sala que deben habitar hasta que hayan concluido su pena. Por lo regular pasan en ella tres dias, y no solo no trabajan sino que les dan un alimento mas abundante y suculento. Unicamente cuando suponen que han descansado ya de las fatigas del viaje los reunen como hemos dicho, y los obligan á trabajar.

Entre los tres mil presidiarios que se cuentan en Brest ó en Tolon, todas las clases de la sociedad tienen sus representantes. Se encuentran allí hacendados, comerciantes, médicos, notarios, abogados, fabricantes, artesanos, labriegos, militares, etc. Todos estos condenados se hallan refundidos en las mismas salas, sometidos al mismo régimen, á los mismos reglamentos, á las mismas recompensas, á los mismos trabajos y á la misma vigilancia; todos están condenados á TRABAJOS FORZADOS.

En el presidio reina una igualdad inflexible. Sean cuales fueren su antigua posicion social, sus hábitos, su fortuna, su familia, sus talentos, su constitucion fisica; si se hallan en buena salud, deben ir sin distincion á trabajar en los talleres, en los almacenes y en los astilleros, ó bien en las excavaciones ó á bordo de los buques, siendo siempre ocupados segun su apti-



VISITA DIARIA.



LOS RECIEN LLEGADOS DESCANSANDO.

registro de su poseedor.

Además reciben para los dias de lluvia una especie de capa de lienzo donde está grabada la palabra *presidio* en gruesos caracteres.

En cuanto se han puesto ese traje pasan á una de las salas de los condenados por toda la vida acompañados siempre de ayudantes y de guardias chiourmes. Allí les cortan el pelo dejándole muy corto, y el peluquero tiene cuidado de trazar sobre su cabeza un crecido número de rayas á fin de que se les pueda reconocer mejor si logran escaparse.

Las tres cuartas partes de la vida de los presidiarios se pasan en una sala semejante á esa donde tiene lugar la operacion y que representa uno de nuestros dibujos. Durante una parte del dia trabajan al aire libre y con hombres libres.

Por penoso que sea ese trabajo es saludable para ellos;



H. VALENTIN.

TRABAJOS DE LOS PRESIDARIOS.

tud y sus fuerzas. En el invierno los trabajos cesan á las cuatro y media. Al oír el cañonazo todos los presidiarios vuelven al presidio, y ya no salen de sus salas respectivas hasta la mañana siguiente.

los encadenan á todos juntos por medio de unas varillas de hierro que pasan por los anillos de los grilletes durante la noche hay guardias chiourmes que se pasean por el corredor á fin de obligar á los que no dueren

condenados se proporcionan así pequeños beneficios que mejoran su triste posicion; y despues (cosa importantisima), el presidio está en paz. Los presidiarios trabajadores son muy dóciles, porque saben muy bien que la privacion de ese permiso seria el castigo de la desobediencia mas ligera, de una simple contravencion al orden y á la policia que deben reinar en las salas.»

Al oír el silbato todos los presidiarios de una sala dejan sus tareas, rezan la oracion, y se extienden en la estrecha parte de tabla que les sirve de cama. Solo tienen una manta para resguardarse del frio. Cuando se hallan en sus respectivos puestos



men á que permanezcan inmóviles y silenciosos, y para reprimir en el acto toda tentativa de desorden.

Por la mañana así que resuena el cañonazo, se abren los presidios, los guardias sacan las varillas de hierro, y los presidiarios se levantan, arrollan su manta hasta la cabecera de su lecho, y en seguida van al trabajo.

Cuantas veces salen de una sala un guardia chiourme procede á la visita de los grilletes en presencia de un ayudante, para asegurarse de que no han sido limados. Con este fin cada presidiario se levanta el pantalón, pone su pié en el banquillo, y el guardia chiourme pega con un martillo en el grillete.

En la pared hay una tablilla que se llama *de seguridad*, donde están inscritos los nombres de los presidiarios que contiene una sala, y á medida que van saliendo un guardia pone una clavija de madera al lado de cada nombre. De este modo con una ojeada pueden cerciorarse de que todos han sido visitados, y de que ninguno de ellos falta.

Una vez que han salido los presidiarios, otros presidiarios que no están reunidos de dos en dos lavan, barren y limpian la sala. En recompensa de estos servicios penosos conceden á estos últimos un colchoncillo para pasar la noche.

El último dibujo que publicamos hoy representa á los presidiarios ocupados en las faenas mas duras, como levantar tablones de madera, trasportarlos á los astilleros, etc. Su celo necesita ser estimulado con palabras, y á veces con el palo. Sus trabajos son casi siempre *forzados*. A las horas de las comidas y cuando falta que hacer, los unos se extienden y duermen en el suelo, y los otros confeccionan esos objetos menudos que venden á los que visitan los presidios. X.

## ESTUDIOS CRITICOS.

### DE LA IMITACION.

Al concluir un pequeño discurso ó mas bien algunas observaciones sobre los *Argonautas* de Apolonio de Rodas, me pareció decir algo de la Escuela alejandrina, que formó él con otros poetas y literatos. Y como se ha dicho, y yo admito, que la literatura latina es una imagen de aquella escuela y las nuestras lo son de la latina, era natural venir á parar á la imitación, puesto que los latinos apenas fueron mas que unos imitadores de los griegos en el gusto alejandrino, y que nosotros lo somos de los latinos, y no solo imitadores, sino descendientes. Pero lo insinué solamente, y no me extendí por no permitirle el lugar ni pertenecer al propósito. Ahora formaré de la imitación una lección general y diré de ella lo que me parece. Y aunque mi opinión difiere bastante de la comun segun lo que siempre se ha enseñado ó seguido, confío que las razones y pruebas que daré no dejarán lugar á que se dispute, y que si ha habido error, como quizá podremos decir despues, se conozca y no continúe en las escuelas.

Todos los maestros nos hablan de la imitación, todos la recomiendan, y todos sin decirnos mas. Pero así como no hay cosa mas fácil que imitar mal, así no la hay mas difícil que imitar bien. No hay pobreza ni plebeísmo que no arguya la mala imitación, ni talento y nobleza que no descubra la buena, la prudente, la entendida imitación.

Pero aun esta, si es muy advertida, si procede con intencion determinada, perjudica mas que favorece, porque suspende y corta la inspiracion, quita la libertad, sustituye los hechos al genio, y obliga á entretenerse en mirar lo que hizo otro con inspiracion quizá muy diferente. Que al paso ó en el vuelo emprendido se dé con algo ajeno, ya no es lo mismo; pero entonces no se deberá parar allí mucho la atencion, sino llevarlo y arrebatarlo como propio. Ahora, si despues de llegado al término y cumplido ó llenado el proyecto, se quiere ver lo que otros hicieron y adoptar alguna cosa, ya no habrá el mismo peligro. No obstante, á no ser con mucha discrecion y propiedad, y aun mejorándolo si es posible (como hizo nuestro Garcilaso), no podrá dejar de ser pobreza ó pequeñez en uno ú otro concepto. Lo que se llama *belleza ideal* no excluye la propiedad ó carácter singular en cada uno, pues de lo contrario si un asunto se diese á muchos, todos lo concebirian y tratarian de un modo, todos presentarian el mismo *ejemplar*, sin variar en nada y sin otra diferencia que la mayor ó menor perfeccion por la mayor ó menor capacidad de cada uno. Y la naturaleza no es esta, ni tampoco el hombre. Tambien se ha dicho, y es máxima que debe tenerse presente, que tanto pueden perjudicar á su manera la desconfianza y el encogimiento, como la ignorancia y la temeridad.

No se trata de la imitación de la naturaleza, porque esta es la ley de todo estudio en la poesía y en las bellas artes, y la perfeccion en ella siempre fué obra y privilegio de los grandes ingenios, de los ingenios mas felices. Hablo de la imitación de los modelos que otros dejaron en los varios ramos ó géneros que comprende la literatura, pero muy especialmente la poesía.

La imitación vulgar no solo toma la forma, sino tambien las ideas, y hasta la expresion, y con mudar los nombres porque ó son ya otros ó lo es la historia, da sus obras muy satisfecha de sí misma. La imitación prudente sabe unir el estudio de los modelos con el de la naturaleza, la encuentra y la observa en ellos, juzga la obra del autor, y cuando se pone á imitarlo sabe la razon que sigue; y prescindiendo tal vez ó en algo del

modelo por darle á la naturaleza segun el asunto que ha tomado, produce obras mas ó menos perfectas, sí, pero aprobadas de toda razon y no pobres de ingenio y discurso, faltas de originalidad, y aprobadas solamente de juicios falsos ó vulgares.

En toda Europa se ha dicho por muchos siglos á la juventud, se le ha repetido y se le repite aun en el dia: «Virgilio es el gran modelo: Virgilio es el gran poeta, el poeta perfecto, el número, el dios de la poesía: el que lo siga, el que le imite, no puede errar.» Y con esto apenas ha habido otro estudio para muchos poetas, cuando sin esa fatal sujecion y regla quizá algunos de ellos hubieran alcanzado un mérito que ahora están muy lejos de presentar en sus obras. Fuera de que Virgilio no es verdadero modelo sino en uno de los géneros que comprenden sus obras, y precisamente el de menos imitación de todos.

Ya me parece que veo al bando de latinistas levantarse alborotados con la sombra de Escaligero á su cabeza, y pedirme razon de esta *blasfemia*. Pero no se acaloren; den lugar á la reflexion; y entre tanto y antes de continuar, tómense la molestia de leer en mi *Literatura griega* el Apéndice sobre las criticas falsas ó incompetentes de Homero, en donde hallarán una comparacion de su dios latino con este hombre griego. Contesten á aquello si no se conforman, disputemos allí primero, y despues vengan aquí y oigan ó lean lo que sigue como continuacion de aquellas notas.

¿Inclinábase uno al género bucólico? Pues venga Virgilio, leerlo cien y mas veces, le tomaré los pensamientos, las escenas, los rasgos mas celebrados, las expresiones si puedo, y hasta los nombres, y con esto será leído y admirado como él... Sin reparar (los que lo sabian, que no eran todos) en que si alguna cosa tiene Virgilio de mera imitación casi siempre, son las églogas, y seguirlo es imitar á un imitador, y repetir quizá lo que ya él tomó á otros, y convertir el propósito en un juego de niños; y como en alardes ó glosas y remedos de apuesta. Y no por eso negaré que hay en ellas muchas y grandes bellezas, y algunas tambien propias suyas ú originales.

¿Inclinábase otro á la poesía heroica, ó le ocurría la empresa de un poema épico? Venga la Eneida, á ver su plan, su plan, que el mismo Virgilio no entendió nunca; y habrá tambien una relacion magua, estupenda, indispensable (de Eneas á Dido), y amores endemoniados, episodios de mucho cuento, hasta naves convertidas en ninfas ú otra cosa equivalente, y acaso el cielo y el infierno, y cuanto les han ponderado, cuanto leen con admiracion prevenidos por sus libros y maestros, cuanto pueden apropiarse en aquella imitación tan de ley y recomendada.

Salte el Ariosto con su loco poema del *Orlando*, llénalo de magos, de hadas y hechiceras, que es la mitología de la edad heroica de la Europa moderna; de reinas, de hermosuras traviesas, de damas altas y bajas, de encantos, disparates, adulterios y picardias: corta cien veces la narracion, vuelve otras tantas á ella en una confusion de hechos y aventuras que á un tiempo están pendientes y marchan á un fin que no se ve nunca: pero es gracioso, malicioso, compone buenos versos, octavas que se quedan en la memoria, quiera ó no quiera el lector: entra en los cantos ó libros con sermoncitos ó reflexiones: y al fin nos da á entender que todo aquello es alegórico: y se entusiasma la Europa literaria.

Vienen los imitadores, y han de llenar sus poemas, por graves que sean, de las hadas y encantamientos de la nueva mitología; y no contentos con esto, nos dicen tambien despues: todo este poema es alegórico, ó puede formarse de él una alegoría. El Tasso el primero en uno y otro devaneo. Si no fuera que ellos mismos casi lo creian, se podría uno ofender de que le quisiesen hacer admitir semejantes puerilidades, lo mismo en esa máquina tan aérea, que en su tonto significado. (No en el *Orlando*, ni aun tampoco del todo en nuestro *Bernardo* por pertenecer á la misma historia y ser sus héroes los mismos paladines y quijotes.)

Esto vino de los siglos de mal gusto, de los siglos degenerados en las letras, mirándolo como la mas alta sabiduría, y se quiso explicar alegóricamente hasta la Iliada y la Odisea. Pero ¿qué dijeron? Lo que podian decir: pequeñeces y delirios, siendo quizá los neoplatónicos los que mas exageraron este *misticismo*, puesto que no era otra cosa. Pero fué gusto, dominó como gusto de moda: y ¿quién no le cede y se le rinde?

A la verdad no podemos dudar de que en las divinidades antiguas se simbolizaron muchas veces los elementos, las partes de la creacion, casi todo en la naturaleza; pero de esto á querer formar un sistema ó alegoría general ni muchas parciales de la intervencion de los dioses en los hechos ó sucesos de los dos poemas, la distancia es inmensa, y la explicacion imposible. ¿Qué sería, pues, si las mismas acciones de los hombres, si la empresa de los griegos, y las batallas, y las ruinas y cautividades, y despues la navegacion y aventuras de Ulises hasta llegar á su patria se quisiesen convertir en alegorías? A esto no llegaron los antiguos de los buenos tiempos: fué pujanza y una *quinta esencia* del saber humano en siglos sin gusto, ni casi uso de razon ni letras.

*Quidquid delirant reges plectuntur achiivi....*

Dijo Horacio de la Iliada; y de la Odisea:

*Rursum quid virtus et quid sapientia possit,  
Utile proposuit nobis exemplar Ulysssem.*

Esto es muy diferente, y se encuentra con mas ó menos claro ejemplo en todo lo que se suele escribir de los grandes sucesos en la historia del mundo, lo mismo que en los que toma de su cuenta la poesía. Pero de aquí no pasó Horacio; y Horacio sabia á qué atenerse y qué entender cuando leia alguna obra.

Por eso algunos despues, casi en nuestros dias, falsa y maliciosamente han querido reducir á una mera alegoría nada menos que nuestro Evangelio, y aun convertirlo en un sistema astronómico, etc., etc., como convirtieron y explicaron algunos poemas antiguos (1).

¿Pues qué? ¿La Jerusalem del Tasso no vale nada? Y ¿quién infiere eso de lo que yo digo? La mala fe ó el amor propio, que rara vez dejan de inspirar las objeciones y los eflujos en estas disputas. El poema del Tasso tiene un plan perfecto y muy superior al de la Eneida, y una poesía, si no siempre tan espontánea y fácil como la del Ariosto, digna del asunto, y alguna vez encantadora. Pero esto no disimula tantas imitaciones inútiles que solo sirven de llenar vacíos que no habia, ó que la imaginacion del poeta mal dirigida no supo llenar con hechos que naturalmente abundaban ó que se podian suponer y fingir verosimilmente en los cruzados y en los infieles.

Vamos á examinarlo.

En primer lugar, todo el *nudo* del poema, esto es, la causa y el agente de la oposicion á la empresa, es el infierno. Bien y pase: la religion movió aquella guerra. Pero el diablo es del mismo gusto que el autor, y se vale de una buena moza, de una encantadora ó hechicera á quien su tutor ó tío al enviarla al campo de los cristianos le da amplia libertad y cumplida licencia para *hacer de su persona* lo que quiera, pues *per la fé, per la patria il tutto lice*. Llega, con efecto, y seduce á los principales caballeros que en motin se enamoran de ella, y se los lleva á un castillo lejano y hace con ellos lo que Circe con los compañeros de Ulises, debilitando así el ejército cristiano; bien que despues los vuelve á su natural figura, espantándolos con aquella muestra de su poder. Déjales allí, y vuelve al campo y se lleva por los aires, ó como sea, á las islas Fortunadas á Reinaldos, el Aquiles de los cristianos (que mas furioso que el griego y sin motivo ó causa mata á un caballero); y se lo tiene allí en sus brazos hasta que lo van á buscar para el *desenlace*. Y esto, sin duda, porque el Aquiles de la Iliada se retira de los combates, aunque dignamente y con razon: sobre que sin esa justísima ira y sus consecuencias no hubiera habido Iliada. Homero canta la ira de Aquiles y sus funestas consecuencias: ¿y el Tasso? ¿Qué es lo que canta?

Para traer de allá á Reinaldos, inventa otro mago y otra maga favorables á los fieles, porque así habia de ser, la cual maga lleva en una barquilla á dos caballeros, los cuales no se dejan seducir de dos provocadoras sirenas; y llegan, y á pesar de Armida se lo traen, y recibe de no sé quién al llegar un escudo (como el de Aquiles) en donde está figurada su descendencia (como en el de Eneas). ¿Faltaría esto? La adulacion es lo que mas se pega á los poetas.

Reconciliase el héroe con todos, hace oracion á Dios pidiendo perdón de sus yerros, y está dispuesto. Pero antes de salir contra el enemigo, va á desencantar una selva que un mago enemigo habia encantado para que los cristianos privados de ella no pudiesen construir máquinas de guerra. Y aunque otros héroes hicieron prueba de su valor contra el encanto, contra el fuego, las visiones y los espantos que se les presentaron, prueba heroica y mas que bastante para haberlo vencido, lo que no deja de ser un exceso impertinente, como otros, del mal juicio del poeta, encantada quedó é inaccesible con el fin de que se llevase esta gloria Reinaldos, y viese y se encontrase todavía con su Armida convertida en driada para seducirlo de nuevo y hacerle caer, si podia, la espada y la hacha de las manos, como antes habia sucedido á Tancredo con Clorinda, y eso despues de haberla enterrado por su mano. Bien que le dice que aquella es la mansion de los muertos.

Si todo esto no es pueril, pesadísimo, afectado y maravillas, líteres, ¿qué lo será en un poema épico? Sin hablar de la empeñada y escolar imitación de Homero, de Virgilio y del Ariosto. Mas vale en Lucano lo de la selva sagrada de Marsella, no empleando aun sesenta

(1) La manía de convertirlo todo en símbolos y alegorías duró muchos siglos, siendo los neoplatónicos, si no me engaña la memoria, los que mas se distinguieron en ella: pero ha llegado hasta nosotros.

Ejemplo antiguo. Eneas para ir al infierno y ofrecer un don ó regalo á Proserpina, buscó, guiado de dos palomas, el *ramo de oro* que producía un cierto árbol. Y dicen los alegorizantes que este ramo significa la luz para conocer las cosas ocultas simbolizadas por el infierno, y que las palomas significan el espíritu de la razon que mueve en nosotros el deseo de saber.

Don Quijote vió gigantes, ejércitos, etc. Otros verian en aquel ramo el poder del oro ó del dinero aun en el otro mundo.

El bueno del Tasso nos dice muy formalmente que el ejército cristiano compuesto de príncipes y otros soldados significa al hombre compuesto de alma y cuerpo, y alma no simple sino distinta en potencias, etc.; y reduce á alegorías las personas y los hechos de todo el poema. Pero nada nos dice de lo que significa la persona de Erminia ni sus besos á Tancredo, ni las picardias de Armida.

El fuego, los truenos, los monstruos y la oscuridad de la selva encantada significaban los engañosos argumentos que nos demuestran ó figuran bajo la imagen del mal los trabajos honestos y los peligros ó empresas honrosas. Y las flores, arroyos, avecillas y músicas encantadoras que se ofrecen á Reinaldos en la misma selva, significan los falaces silogismos que nos ponen delante los atractivos y goces de los sentidos bajo la apariencia del bien... ¡Qué filosofía! ¡Qué sabiduría!



versos, que todos esos encantamientos y brujerías. Hay, sí, mucha poesía en todas estas descripciones y pinturas: ¿cómo negarlo? Pero ya que se proponga contarlos cuentos, como á niños, ó trasladarnos al mundo poético del *Orlando*, tome otro asunto, y no quiera hacérsenos leer muy de serio nada menos que en la grande historia de las Cruzadas.

No obstante, si estoy en el error, me alegraría de que se me enseñase otro uso de la razón en todo eso, y mas para juzgar de la elevación y dignidad, de la majestad y como divinidad de la epopeya en un asunto que de suyo ofrecía toda la que se necesitaba y con que brindaba al poeta.

Porque ¿no había otros arbitrios, aunque se den al infierno, que acudir á los magos, á las hadas y encantadoras, á los embustes y provocaciones de aquellas mujercillas, á todos los juguetes y bulla de aquel sistema? ¿No había mas discurso que ese para formar la oposición ó contradicción, para levantar dificultades y engrandecer la empresa ó el heroísmo de los cristianos? Y no se quiera de aquí decir que lo mismo será en Homero, porque en Homero todo es verdad, todo verdad real y poética. Véase mi juicio en la *Literatura griega*.

Además, no hay ninguna semejanza entre dos poetas. En la Iliada hay dioses y hombres; pero tan necesarios aquellos como estos, propios, históricos, inseparables de los hechos; y en la Odisea todo lo que no pertenece á los dioses es maravillas creídas de todos por una parte, que existían realmente para el poeta, y por otra simples encuentros en aquella navegación, detenciones y peligros de ocasión que dificultaban el viaje en su fin, para probar de todos modos al héroe, ya por los dioses, ya por el poeta.

El sistema de Homero y de todos los poetas griegos era obligado, no pudiendo dejar de contar con sus divinidades, puesto que ya ellas de suyo se mezclaban tan fácil y continuamente en las cosas de los hombres, cuyas principales familias ó jefes eran hijos ó descendientes no lejanos suyos en aquellos tiempos. Y nunca en los antiguos poetas, aun en los latinos, se ofrece enredando, contradiciendo ó allanándolo todo una bandada de seres imaginarios, como esos magos y magas, esas hadas y embusteras que á lo mejor y además de sus hechicerías se nos presentan lascivas y desvergonzadas (1).

Ahora, si un poema heroico, todo grandeza y majestad, todo entusiasmo de los pueblos á quienes toca, tanto ó mas que del mismo poeta, se ha de componer para agradar á los pedantes de las escuelas, y llenarlo de amores, de pinturas provocativas y relaciones sospechosas para derretir á los lectores de rizos y cotilla, hizo bien el Tasso, y debemos declararlo el primer poeta épico del mundo. Y por consiguiente, Homero fué un hombre sin corazón ni sentido de humanidad en ese orden de afectos declarado ya único y exclusivo. Porque ni aun con Helena, cuanto mas con Calipso ó Circe, nos sabe enseñar un requiebro ni hablarnos del amor á nuestra moda, como nos hablan despues todos.

No me citen príncipes ni grandes prelados de la Iglesia contra esa calificación de los entusiastas del Tasso, pues todos eran unos. De cardenales de aquel tiempo se imprimieron y se conservan poesías latinas que son mas verdaderas *priapecyas*. ¿Y por eso habré yo de aprobar este *gusto* en un poema épico serio?

No condeno yo el amor, no lo tengo por impropio de la gravedad del poema épico, tratado con dignidad, con mas nobleza, y siendo necesario ó muy oportuno; pero no lo admito si hay afectación, si son ocasiones preparadas muy adrede, si no es mas que ganas de revolver esta pasión; lo que es imposible deje de advertirse por cualquiera que sepa leer.

De imitaciones parciales se puede decir lo mismo. Dejemos los caracteres de algunos personajes. Allí ha de haber un Priamo en el anciano rey de Jerusalén, y una Erminia-Helena que desde el muro de la ciudad (como la griega) le va diciendo quiénes son los guerreros que se distinguen en el campo enemigo, copiando á Homero y sin mas que por copiarle una de las cosas que mas gustan en la Iliada. Pero ¿qué diferencia, aun sin la ocasión que toman uno y otro! Helena griega, la causa de la guerra, y cuyo solo nombre es toda la historia, etc., etc.

Esta misma Erminia se ha de enamorar de Tancredo y disfrazarse de guerrero, y salir á encontrarle de noche, no para pelear con él, sino para enganar á los su-

(1) Cuando Armida se ve abandonada de Reinaldos, se entrega á una desesperación digna de ella.

« Me iré, dice, al ejército de Egipto á manejar el arco y la espada, á hacerme esclava de los mas poderosos para verme vengada; y el decoro y el honor quédense á un lado.

» No me acuse mi guardador y tío, dése á sí mismo la culpa, que así lo quiso. El fué el que á un alma arrojada y á un sexo frágil lo torció á obras indebidas: él me ha hecho mujer errante, y aguijó el atrevimiento y soltó la vergüenza. Todo debe atribuirse á él; así lo que he hecho por amor, como lo que voy á hacer por despecho. » (CANTO XV, oct. 73 y 74.)

Aquí ya no hay alegoría, ó no se sirvió decirnos cuál podría ser. ¿Y es esto digno del poema épico, y mas en un asunto casi en todo religioso?

Ignoro si antes que yo ha censurado esto alguno en la Jerusalén; debo suponer que sí, pues ofende demasiado para que pasase tantos siglos sin condenarlo nadie. A Boileau no le incomodaba sino su oropel, que en verdad es bastante el que hay en el poema. Pero hayan ó no hablado otros del Tasso como yo hablo, me atrevo á asegurarme de la conformidad de todos los lectores juiciosos, y mas cuanto mas hayan reflexionado en la introducción de tantas mujercillas.

No deja de ser reparable que el Tasso fuese mas circunspeto en el *Aminta* y respete mas la poesía y al lector. No hay sino que en aquello quiso imitar al Ariosto, no distinguiendo la naturaleza de uno y otro poema.

vos y presentárselo y decirle: soy tu esclava... Pero se le espanta el caballo, ó espántase ella, que es lo mismo, échase á correr sin dirección, y llega á las orillas del Jordan donde paró despues de una noche y todo un día de carrera violenta: pasa la segunda noche en sueños, y despierta y se encuentra cercada de la soledad y paz de la vida del campo entre pastores que tocan el albuque, y cantan y tejen canastillos: les habla, el mayor de ellos es un hombre desengañado del mundo, y ella lo aprueba y muda los vestidos, se hace pastora, guarda el ganado y ordeña las cabras, etc., todo para dar al lector por descanso y contraposición una *églola* en medio de la epopeya. ¡Muy bonito!

(Se concluirá.)

### Revista de la moda.

SUMARIO. — Modas de verano. — Colección de vestidos blancos para la vida campestre. — De las diferentes atribuciones del traje blanco. — Variedad de las cintas. — El azul y el verde. — Los vestidos de piqué. — Sombreros de verano. — Nuevos modelos de ropa blanca. — Descripción del figurín que representa dos trajes de campo.

Estamos en medio del verano. La naturaleza ostenta todas sus galas y la moda hace lo mismo. La muselina, el jaconás, el organdi, la tarlatana, la gasa de seda y el barés inglés se llevan los honores del día. Me es imposible enumerar tanto vestido blanco como se hace hoy. El traje blanco tiene tres atribuciones muy distintas: sirve en las casas de campo para por la mañana, para paseo y para de noche. El primero consiste en un peinador bordado de nansú, de batista ó de muselina, ó bien se compone de una doble falda y de un pequeño paletó forrado de un transparente de seda ó de color.

Sobre estos frescos trajes de mañana se llevan lazos de cinta del color favorito de cada persona. En la papalina se llevan los colores del vestido, y la babucha se armoniza con ellos igualmente.

Las cintas varían hasta lo infinito. Las hay estampadas y coloreadas absolutamente como una pintura al pastel; otras son escocesas y de cuadritos de dos colores como verde y azul que producen una mezcla muy bonita. Además el verde y el azul dan blancura al cutis. Sin embargo, la cinta lisa no ha caído en desuso, sobre todo para los cinturones y los sombreros.

Se fabrican cintas escocesas muy anchas y cintas lisas con quillas. Este es un género de odalisca y de gitana que no está mal en un talle fino. Pero la cinta debe ser muy hermosa y muy ancha.

El traje de blanco para paseo puede ser muy variado sin dejar de ser blanco. Verbigracia, puede ser de muselina blanca con volantes bordados al plumetis ó con puntos, de doble falda con rizados y cinta de color en medio, ó puede hacerse de organdi con tres faldas á la Luis XV afolladas y con lazos de cinta á la Pompadour. La mayor parte de los corpiños se hacen escotados con fichu Antonieta ó esclavina Ana de Austria.

Los vestidos para por la noche se hacen de tarlatana, de organdi y de gasa, con cintas escocesas, estampadas ó aterciopeladas.

Los rizados de cinta están muy en boga. Se ponen por todas partes hasta en los muebles y las colgaduras de verano.

Casi todos los vestidos de jaconás llevan una doble falda terminada por un rizado que remata en dos pequeños volantes. Las faldas de volantes se hallan completamente olvidadas. Los corpiños se hacen por lo comun escotados con un pequeño fichu que remata en un rizado ó un volante de tela muy parecido al canezú que se usó en otro tiempo.

No puedo repetirme; en mi última revista he dado una colección de vestidos de verano que indicaban de un modo preciso la forma, el estilo y los adornos que hoy se llevan.

Los vestidos de piqué son muy cómodos para el campo, aunque son poco elegantes. Se llevan blancos ó color de gamuza; el corpiño tiene faldetas tan largas que bajan, digámoslo así, como una doble falda. Van ribeteadas con un galón. Las mangas llevan grandes y anchas vueltas abotonadas por encima de la manga. La botonadura de coral sienta perfectamente.

Pasemos á los sombreros.

Hé aquí algunos modelos muy distinguidos y sencillos, porque á mí me gusta la sencillez, como he dicho ya varias veces.

— Un sombrero de paja de Italia adornado con plumas blancas, cintas de tafetan blanco y florecillas blancas en el interior.

— Otro de paja de arroz cubierto con una drapería de tul ilusión que cae por un solo lado, y está sostenido en torno del casco por una corona de florecillas azules y yerba verde. Por dentro bandó Emperatriz de iguales florecillas; cintas blancas.

— Otro de paja de arroz cocida ribeteado al exterior de seda con una cinta de tafetan negro y por dentro con una cinta de color de oro. Al borde del ala puntilla de encaje negro caída sobre un rizado de blonda y sobre un ramito de botones de oro y de granitos negros. Guarnición de detrás y cintas de tafetan boton de oro; por un lado lleva un ramillete de botones de oro.

— Otro de paja de arroz cocida con cinta de hilo rayada negro y blanco y orilla rosa, sosteniendo á un lado una gruesa rosa de cien hojas con dos capullos. Guarnición de detrás de tafetan blanco con rayas blancas y negras. Por dentro adorno Emperatriz de botones de rosa.

— Otro de paja de arroz adornado con tulpanes malva y con blonda. Por dentro ramito de tulpanes de un solo lado.

— Otro de paja de Italia con ramitos de verdura y granitos verdes que caen con mucha elegancia sobre la paja. Por dentro bandó de maíz y cintas maíz.

— Otro de paja, belga adornado con una drapería de cres-

pon verde y azul cayendo por un lado en dos puntas con orilla de blonda y encaje negro. Por un solo lado dos ramilletes de florecillas azules y de yerbas verdes. Por dentro adorno de crespon á la Emperatriz con ramillete de florecillas y verdura por un solo lado. Cintas escocesas azul y verde.

Olvidaba, y habria sido lástima, una bonita papalina Psiquis de tul afollado con volantes de blonda, hojas verdes y florecillas rosadas. Es un tocado muy gracioso; parece una niebla de tul y de flores. Figuras dos cordones de hojas separando los afollados de tul y los afollados sembrados de florecillas.

Hablemos un poco de la ropa blanca, que es en los adornos de la mujer lo que el perfume en las flores.

Las mangas se hacen muy anchas, quizá demasiado. Es verdad que siguen el impulso de las mangas de los vestidos que son muy largas, muy anchas y muy originales.

Despues hay otras que forman afollados vaporosos de muselina lisa terminadas con un puñito de cinta con puntas flo-tantes. La cinta es adecuada al color del vestido y á la cinta del sombrero.

Hé aquí la enumeración de algunas novedades:

Un cuello cuadrado de muselina rizada á la antigua sin encaje, con transparente de cinta de color; mangas muy anchas tambien de muselina con un rizado como el del cuello.

— Una golilla Enrique IV de muselina rizada guarnecida con una guipure nieve. Puños del mismo estilo con vueltas sobre una manga ajustada y afollados de muselina; transparente de cinta azul y lazo de cinta.

— Un adorno Ana de Austria compuesto de un cuello de punto de Alenson con transparente de cinta azul. Mangas afolladas con puños de punto de Alenson y lacitos de cinta azul en medio de los afollados.

— Otro adorno Carlota Corday con fichu de muselina rizada, copia de un cuadro de la época, y mangas anchas de muselina rizada con lazo de cinta.

— Una esclavina Ana de Austria de forma cuadrada como las antiguas esclavinas Cardenal con la diferencia de que la de hoy lleva á la orilla un volante de encaje, sea de Chantilly, de guipure, de Alenson ó de Inglaterra.

— Un fichu Lamballe compuesto de pequeños volantes de encaje negro y blanco con lazos color de violeta.

— Una papalina rizada de tul ilusión y de ruches gasa malva con cintas de gasa malva (una llama de ponche).

— Otra papalina toda rizada de gasa blanca y gasa azul (una niebla de primavera).

— Otra de tul ilusión rizado y afollado con fondo carmesi de crespon rosa. Al lado una rosa de Bengala.

— Una manteleta alborno de muselina guarnecida con un volante de muselina festoneada y coronada con un afollado por el que pasa una cinta malva. Capuchon á la antigua con cinta malva.

Terminaremos con la descripción de nuestro figurín que representa trajes de verano.

El primer traje se compone de una falda de tafetan malva con rayas y quillas reproducidas en el telar y figurando cintas malva color sobre color orladas de guipure. Corpiño de tarlatana blanco con pequeñas cintas malva sobre los hombros y ancha cinta malva en relación con las quillas de la falda que cierra el corpiño. Mangas de tarlatana cerradas en la muñeca con jockey y bandas malva estampadas. El puño de las mangas va guarnecido con puntilla de Malinas. Guantes de color de paja. Pañuelo de tafetan negro orlado con un magnífico volante de Chantilly. Sombrero de paja de Italia guarnecido con rizados de tafetan blanco. El ala es de paja así como la guarnición de detrás; el casco es de tul y va cubierto con largas cocas de tafetan blanco que caen por detrás. Zapatos de cabritilla color de lila con tacones Luis XV y lazos de cinta malva.

La segunda figura lleva un vestido de gasa granadina gris acero con doble falda sobre transparente de tafetan gris. A cada lado de la segunda falda va una ancha banda escocesa terminada con una franja puesta en quilla. Corpiño liso ilustrado con trencillas de fleco escocés y cinturón escocés cerrado con una hebilla ovalada de oro. Mangas con dos pequeños volantes de pliegues huecos y un jockey liso que forma otro volante. Cada volante lleva un fleco escocés. Sombrero escocés de tul blanco bordado de claveles con un veilito de blonda y un grueso adorno al lado compuesto de cocas de cinta de todos colores. En el interior bandó Emperatriz de flores de todos colores. Cintas escocesas. Guantes de Sajonia. Brazaletes de oro mate con medallón. Sombrilla de moaré antiguo verde con volante al rededor. Zapatos color de perla con tacón Luis XV y con lazo de cinta.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

### Inauguración del hospital militar de Vincennes.

La supresión del hospital militar del Roule dejaba un vacío en el servicio médico del ejército de París, que se juzgaba ya insuficiente. El nuevo hospital de Vincennes ha sido fundado para completar ese servicio, y por su posición debe ser de mucha utilidad á los grandes establecimientos militares donde los enfermos de las tropas abantonadas al Este de París no podían ser dirigidos con la celeridad oportuna en tales casos. La zona militar que tiene en su centro el castillo de Vincennes, presenta una concentración de tropas cuya importancia reclamaba la fundación de un hospital destinado á los enfermos de las guarniciones de Vincennes y de los fuertes del Este. Tal es la atribución del nuevo establecimiento inaugurado el 1° de junio último.

Situado en el camino entre la puerta de la Tourelle y el castillo, el hospital ofrece una construcción majestuosa, de una arquitectura severa perfectamente adecuada al carácter del monumento. El cuerpo militar de inge-



nieros se encargó de levantar ese hermoso edificio, y por él se ve que no solo tiene la inteligencia de los trabajos militares, sino que sabe combinar, cuando se necesita en las obras de utilidad pública, los conocimientos arquitectónicos y las reglas del buen gusto. El hospital de Vincennes es uno de los edificios mas hermosos que hay en ese género. Compónese de un cuerpo principal que forma fachada al exterior sobre una avenida que conduce al camino. Esta avenida, llena de árboles y con una fuente, es un paseo muy agradable. A los lados del cuerpo principal hay dos alas donde están las camas de los enfermos. Los edificios están precedidos de pabellones, uno para tratamiento de los oficiales y otro para habitación de las hermanas de la caridad, cuya piadosa mision bendicen siempre los enfermos. El primer edificio que da frente al camino comprende los diferentes ramos del servicio del hospital ; encierra los aposentos del director, del médico jefe, del capellan y de varios oficiales.



EL HOSPITAL MILITAR DE VINCENNES. — VISTA EXTERIOR DEL PABELLON PRINCIPAL.

Los servicios se hallan instalados con todas las comodidades apetecibles, siendo notables entre ellos la boti-

el aire viciado de las salas de enfermos por medio de una chimenea de un mecanismo muy ingenioso.

ca y la carnicería. También existe unacapilla muy bonita, situada á la entrada en el piso bajo, que se compone de una nave bastante espaciosa, de una decoracion severa. Los bancos, de un modelo uniforme, son de encina esculpida. Hay en el hospital de Vincennes seiscientas camas. M. Boudin, médico jefe, se halla encargado de la reparticion del servicio medical. M. Boudin no es solo un práctico hábil, sino tambien un buen observador que ha escrito varias obras estimadas.

Entre las muchas mejoras reunidas en ese hospital, los nuevos aparatos para calentar y ventilar las salas merecen particular mencion. Todas las salas se calentarán por medio de conductos de vapor de agua, segun el sistema de M. Gronvelle, aplicado ya en el hospital Lariboisiere y en la cárcel Mazas. Los aparatos de ventilacion del mismo ingeniero renuevan continuamente



VISTA DE LOS PATIOS INTERIORES DEL NUEVO HOSPITAL MILITAR DE VINCENNES.